

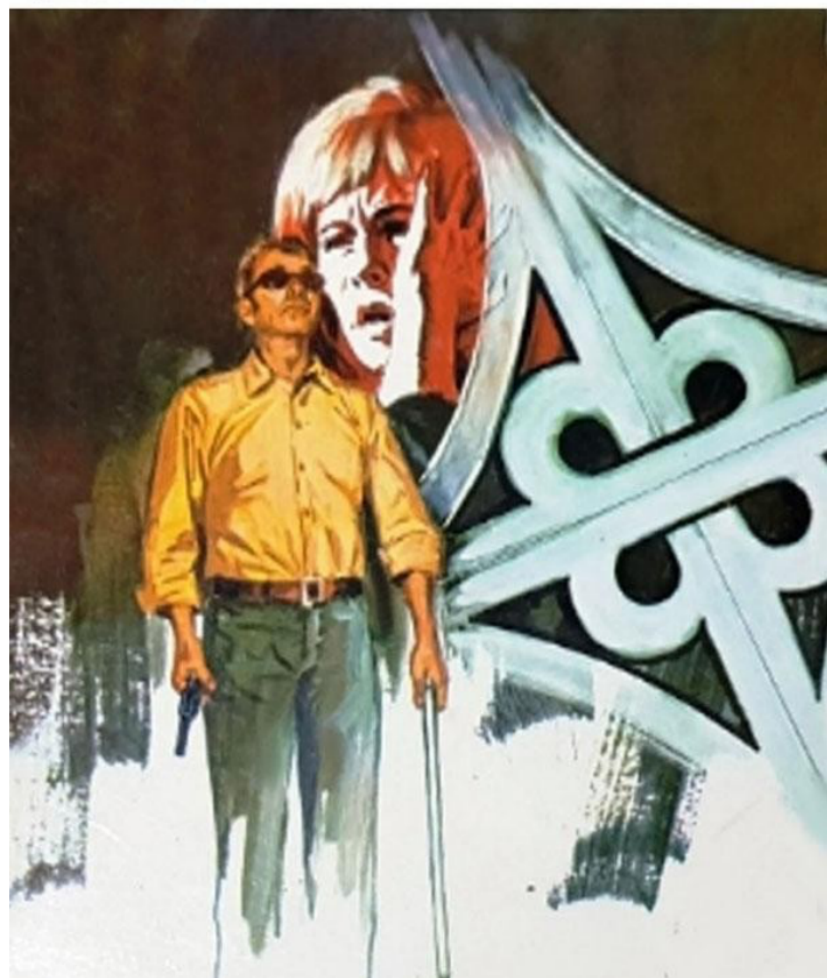
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

EL INVIDENTE

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL INVIDENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 543
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 31.502 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre, 1972

© VIC LOGAN, 1972
sobre la parte literaria

© GIRONA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.149—Descapotable peligroso.

En Colección PUNTO ROJO:

540 — El asesor.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír

En Colección SALVAJE TEXAS:

835 —Matanza en Valle Perdido.

En Colección KANSAS:

741 — Cuatro para un rescate.

En Colección BRAVO OESTE:

534 — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798 — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

766— Los salvajes de Nuevo México.

PRÓLOGO

«Vivimos en una época en la que la violencia se glorifica, tanto en las novelas como en el cine y en la propia televisión. El cine decae, pero se llenan las salas donde se proyectan filmes en los que abundan los crímenes, los hombres sin escrúpulos y el erotismo...»

El locutor de la televisión francesa continuó hablando, mientras a través de la pantalla aparecía la figura de Marcel Reynard. Un hombre de unos treinta y cinco años, bien constituido físicamente, atractivo y de expresión dura.

El locutor prosiguió:

«A la violencia es necesario anteponerle violencia. Así pensaba el agente Marcel Reynard...»

Jacqueline se acercó a la pantalla y desconectó el aparato.

Al fondo de la moderna estancia se hallaba Marcel Reynard, sumido en la oscuridad, indiferente:

—¿Por qué has apagado, Jacqueline?

—Creí que no te interesaba...

—Quiero oírlo, Jacqueline... Es una parte muy importante de mi vida lo que van a realizar. Quiero saber si se ajusta a la realidad.

—Como quieras. Pero pienso que...

—Anda, Jacqueline, sé buena. Marcel Reynard soy yo. Creo que tengo derecho a saber lo que van a decir de mí.

Jacqueline volvió a conectar el aparato.

Marcel Reynard, el hombre que permanecía en el rincón de la pequeña estancia, continuó inmóvil, con una extraña sonrisa en su rostro.

A él no le era necesario seguir lo que ocurría en la pantalla para revivir aquellos hechos que jamás se le borrarían de la memoria.

París..., octubre del sesenta y nueve. Una banda de traficantes de drogas es descubierta en uno de los muelles del Sena.

La lancha tenía el aspecto de una embarcación turística, y un

grupo de muchachas descargaba sus equipajes como si llegaran de algún balneario río abajo.

Y él, Marcel Reynard, estaba allí. Sabía que en aquel bagaje se escondía la droga.

Recordaba, revivía cómo la policía rodeaba el muelle.

—¡La policía!

Había sonado el grito casi tradicional, y en seguida los disparos. Las mujeres chillaron, los hombres hicieron hablar los revólveres.

Cayeron algunos agentes, pero allí estaba él. —Marcel Reynard —. Sobrio, duro e implacable, desafiando aquella lluvia de balas, avanzaba disparando a su vez.

Cayeron algunos de los traficantes.

El jefe trató de ponerse a salvo con la misma embarcación, pero Marcel, de un salto, alcanzó la cubierta.

Quedaban dos guardaespaldas a bordo para proteger al *boss*.

La lucha fue a quemarropa. Ellos hicieron tabletear sus metralletas.

Marcel sintió en su carne el fuego del plomo, luego..., luego apareció el jefe, dispuesto a darle el golpe de gracia pero, en su último aliento, Marcel desde el suelo disparó contra él. Disparó pensando que era lo último que hacía en su vida. La última misión...

Pero no...

Todo fue un éxito. La banda desarticulada, apresado el jefe, y él, Marcel se rehízo en tres meses en un hospital...

Y desde el oscuro rincón de su apartamento, Marcel seguía con sus pensamientos lo que la pantalla ofrecía a los telespectadores.

Otro caso. En Amiens.

La búsqueda de un loco homicida le había llevado hasta Amiens.

Era un sicópata, paranoico, que había asesinado a cinco mujeres y se hizo fuerte en las ruinas de un castillo.

El asesino dominaba la situación.

«—Hay que cogerle vivo» —le había dicho el comisario-jefe.

Y Marcel se recordaba a sí mismo, dando instrucciones a los agentes uniformados que habían rodeado la fortaleza:

—Yo entraré... Que nadie intervenga.

—Tenga cuidado. Lleva demasiados crímenes en su conciencia, ese tipo, para detenerse ante uno más.

—Me arriesgaré. Son gajes del oficio.

Y Marcel avanzó en solitario, mientras, desde su escondrijo, el asesino le utilizaba como una diana.

—No, Mercier... No lo hagas. Soy un amigo... Eres un enfermo que necesita tratamiento. Puedes salvarte, si dejas de hacer tonterías, pero, si me matas, acabarán contigo, te matarán como a una bestia salvaje... No dispaes, Mercier... No dispaes... Ya ves que vengo solo. Tú puedes verlo. Vengo solo, y lo haré sin armas, si quieres... ¿Me oyes, Mercier?

Y Marcel fue avanzando... Alguna que otra bala pasó casi rozándole, pero una vez más, Marcel Reynard demostró su serenidad, su temple...

Otro éxito...

Como el de los hermanos Lafargue...

Como el de...

¡Había tantos que recordar!

Luego, estaba el lado bueno, como cuando le impusieron la Legión de Honor...

Las menciones en los boletines periódicos de la Brigada.

El aprecio entre sus compañeros.

Su fama de invencible.

Luego, el nombramiento de comisario.

Y por último...

Ése era el caso culminante de su carrera, lo que, en definitiva, habría de cambiar su vida...

También lo recordaba plenamente.

Fue dos años antes... en París.

Ella se llamaba Lorena...

Lorena.

Un nombre que no olvidaría. No... No lo olvidaría.

Lorena.

Sus recuerdos proseguían más intensamente.

Lorena le había dicho:

—Estarán en la vieja sinagoga de Saint-Germain-des-Pres. Está abandonada... Es el lugar donde se efectuará el reparto.

—Gracias, Lorena. A partir de ahora, apártate de todos ellos. Esta noche caerán. Tú te mantendrás al margen.

—Gracias a ti, Marcel. Eres la única persona que me ofrece un

cambio de vida, sin condiciones... Te quiero, Marcel, te quiero.

Recordaba aún aquel beso.

Sentía en sus labios el calor del aliento de la boca de la mujer.

Y en seguida revivió la acción.

St. Germain.

La noche.

El lugar desierto.

La antigua sinagoga abandonada.

Ningún coche en derredor. Todo iba a ser llevado con el máximo sigilo.

El solo, Marcel, avanzó, por la plazoleta hasta la puerta de entrada, que chirrió cuando la empujó.

Cuatro peligrosos delincuentes iban a ser apresados, los cuatro responsables del atraco del Banco de París. Cinco millones de francos —francos nuevos— que cuatro granujas iban a repartirse en los olvidados sótanos de una sinagoga, tiempo ya abandonada.

Los pasos de Marcel resonaron por la desierta nave central de la sinagoga.

«No te oirán —había dicho ella—. Desde el sótano no puede oírse nada... Aquello es como una *boite*, un lugar secreto, que la policía no podría descubrir nunca».

Marcel caminó, seguro, hasta la puerta de entrada que Lorena le había descrito.

Detrás de la columna, bajo el estrado...

Levantó las traviesas de madera. Tres exactamente, y allí estaba la trampa en el suelo. Era rectangular, de madera también. La abrió.

Allí arrancaba una escalera como las de las alcantarillas. Parecía una alcantarilla. Una escalera que condujera hasta la cloaca.

Era la entrada secreta.

Poco después, a través de un corredor, llegó a un lugar fantástico. Algo que parecía salido de una novela de Edgar Wallace. Un lujoso apartamento subterráneo, decorado, con aire acondicionado, con muebles caros, y ambiente musical.

Todavía olía a tabaco americano y a *whisky* escocés, y sonaba una musiquilla que parecía emanar de las paredes.

No había nadie.

Marcel llevaba la pistola reglamentaria en la diestra, dispuesto a enfrentarse con la gente a la que iba a detener.

De pronto, la musiquilla cesó. Aumentó el volumen de los altavoces, y una voz potente, anunció:

—Hola, polizonte... Éste es tu último servicio... Eres un peligro para demasiada gente.

Marcel ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

El ambiente se enrareció con aquella humareda a la que había precedido un fogonazo...

La verdad es que había sonado una tremenda explosión, pero Marcel no pudo oírla porque él estaba prácticamente en el centro del volcán.

Únicamente recordaba que se sintió levantado del suelo, impulsado hacia lo alto; luego, aquella sensación de fuego de humo... Y la imagen de una persona...

Una imagen confusa entre las llamas.

No sintió el más leve dolor, pero supo que iba a morir, porque todo se volvía rápidamente negro..., negro.

En su mente, el recuerdo de un nombre:

Lorena...

Era una visión dantesca... La repetición de una secuencia, enfocada de un solo ángulo..., sin posibilidad de conocer más detalles que aquellos que habían captado sus ojos antes de que todo oscureciera.

Una y otra vez, en sus recuerdos, veía lo mismo... La explosión. Una explosión sin ruido, porque el ruido ya no pudo escucharlo.

Y vio también la estancia desde un plano muy elevado..., porque la misma explosión le había arrancado los pies del suelo.

Luego vio la estancia a ras de tierra porque allí quedó, inmóvil...

Después, vinieron las voces..., voces confusas, que se intercalaban unas con otras.

Por fin, tras un sueño profundo, supo que estaba en un hospital, con una venda en los ojos.

Escuchó voces amigas.

—Hemos capturado a toda la banda.

—Casi todo el dinero ha sido recuperado... Faltan únicamente quinientos mil francos. No es poco, pero el resto ha sido ya reintegrado al Banco...

—¿Cuándo me sacarán ese vendaje? —Fue su primera pregunta.

El vendaje se lo quitaron al cabo de largos, e interminables días.

Pero entonces fue peor.

—No veo nada... ¿Qué diablos me han metido en los ojos? ¡No veo nada! ¡Quiero que me lo quiten todo!

Fue una voz amiga, la del comisario Burget, la que lo explicó lentamente lo que sucedía:

—No tienes nada en los ojos, Marcel. Te han quitado el vendaje... El doctor dice que volverá a operarte, pero...

—No... No sigas. No te esfuerces en inventar mentiras piadosas... Lo he estado temiendo. ¡Dios mío!

—Marcel...

—¡Ciego! Ésa es la palabra. ¡Me he quedado ciego...!

Sí. Era terrible tener que admitirlo. Incluso a Marcel le había costado mencionar aquella palabra, pero era la verdad. Estaba ciego.

Ése había sido el final de su carrera como policía. Esto había cambiado por completo su vida.

En la pantalla del aparato de televisión sonaba aún la explosión en un subterráneo de cartón piedra para evocar la escena.

Un actor incorporaba el papel del comisario Marcel Reynard... Del ya excomisario.

Y Marcel, desde la oscuridad, no tenía necesidad de «ver» para revivir todo aquello que había constituido uno de los capítulos más trascendentales de su vida.

Jacqueline estaba a su lado, allí en las butacas que formaban rinconera.

—Marcel... ¿Por qué te empeñas en querer escuchar esto?

—No es necesario escucharlo para recordarlo, Jacqueline... Las cosas no se olvidan, queriendo ignorarlas... Lo que ha ocurrido no se borra simplemente con desecharlo... El pasado es siempre la base del presente. Una frase estúpida, pero cierta...

Hizo una pausa, Jacqueline miró al hombre, joven aún, en la plenitud de su vigor, y no pudo reprimir un rictus de tristeza en su semblante.

El, Marcel, interrumpió los pensamientos de la mujer:

—Jacqueline... ¿Tienes ganas de trabajar?

—Me pagas para esto...

—Tienes un extraño jefe... Te hago trabajar a las horas más dispares... Cualquier día irás a reclamar al Sindicato, y no te faltará

razón.

—No digas bobadas. Me paso semanas enteras sin hacer nada... Y siempre estamos viajando. Soy libre... En ningún sitio hubiese encontrado un trabajo como éste.

—Soy un mal escritor... A veces, creo que no sé dar a las palabras el sentido que deseo...

—Estoy segura de que cuando los lectores lean tus memorias, comprenderán perfectamente... Sabes calar hondo. De veras... Me gusta tu estilo. Me gusta el modo como describes las escenas.

—Bien... ¿Por qué capítulo andamos?

—Espera... Tengo el último folio en la máquina. Déjame ver...

Jacqueline se aproximó a la mesita donde descansaba la maquina de escribir. A un lado había un montón de cuartillas mecanografiadas. En el carrete de la máquina, un capítulo comenzado.

—Capítulo quinto —dijo Jacqueline—. Aquí empiezas a contar lo del asunto de las joyas robadas a cierta *lady* inglesa...

—¡Ah, sí! Esto no es de mucha importancia. Lo contaré por encima para que entronque con el caso del Barón von Hazel, un tipo raro, que nos llevó de cabeza... Eso tiene relación con el final de esta historia... Es decir donde yo pienso poner punto final. Cuando dejé de ver..., cuando tuve que retirarme forzosamente... Ese Von Hazel..., todo el mundo creía que se trataba de un alemán, antiguo perseguido del nazismo, pero en realidad su pasaporte era americano...

—Cuando quieras, puedes empezar a dictarme —repuso Jacqueline, sentada frente a la máquina de escribir.

CAPÍTULO PRIMERO

Benidorm (España), 12 de julio, 10 de la mañana.

El apartamento estaba situado en el piso número 14 del edificio más alto del Paseo Marítimo.

Desde la terraza podía dominarse el abigarrado ir y venir de la gente por la estrecha acera al lado de la playa, que estaba a rebosar.

Circulaban los coches por la insuficiente calzada, y las terrazas de los bares estaban llenas de turistas desayunando o tomando ya los primeros refrescos de la calurosa mañana.

Los rayos del sol, se estrellaban contra la blancura de los chalets encaramados a la montaña que cierra la cóncava playa por el lado norte, por el sur pegado a la vieja población de pescadores oculta por los modernos edificios, podía divisarse la blancura de las piedras del parque marítimo, puerta de la playa contigua.

Sonaban los «claxons» de los automóviles y, algo apagado, llegaba el vocerío de la gente en una mezcla inconcreta de idiomas.

Jacqueline se estaba anudando un pañuelo en la cabeza, Marcel, apoyado en su bastón, que le servía de guía, apareció por el umbral de la puerta que comunicaba con el dormitorio.

—He oído que daban las diez hace un rato. Debemos darnos prisa, Jacqueline. Pierre llega a las dos. Y no me gustaría presentarme con retraso... Quiero darle una sorpresa.

—No te preocupes, Marcel. De aquí a Valencia llegaremos en poco más de dos horas.

—No te fíes. Hay mucho tránsito. Y no quiero que conduzcas demasiado de prisa.

—Marcel. ¿Tienes prejuicios contra las mujeres qué conducen de prisa?

—Sé que eres un buen chófer, Jacqueline, pero tampoco

tenemos necesidad de hacer una competición con los demás. Odio el verano. ¡Tanta gente!

—Ya estoy lista. Y tengo el coche preparado. Anda, vamos...

Jacqueline ofreció el brazo al excomisario, pero él rechazó suavemente.

—Llevo tres meses aquí, y empiezo a conocer esto bien... A propósito... ¿Has comprado un nuevo perfume?

—¡Vaya! Tú lo notas todo...

—Se parece al Chanel 4, pero no... Es como una imitación.

—Exacto —sonrió ella.

—¿Qué nombre?

—Aquí lo llaman *Noches de España*.

—Humm. No es un clásico. Se trata de una imitación.

—No está nada mal la deducción, señor comisario. Tiene el sentido del olfato muy desarrollado.

—No lo digas a nadie. Mi padre era perfumista. Antes de aprender a conocer a los criminales, me conocía de memoria el nombre de los perfumes más importantes. Anda, vamos...

Poco después, la muchacha, frente al volante, se las veía y se las deseaba para salir de la pequeña villa costera.

La abundancia de automóviles apareados y el tránsito, cada vez mayor, dificultaban la circulación por unas calles que se habían quedado pequeñas para cobijar tanto tráfico.

Al fin, el «Peugeot», enfiló la carretera que conducía a la general de Valencia.

La ancha y bien asfaltada pista sirvió para que Jacqueline pisara a fondo el acelerador, y atrás fueron quedando las poblaciones intermedias; Altea, Calpe, con la mole del Peñón de Ifach como fondo, luego una sucesión de curvas, para seguir en dirección norte.

El invidente se mostraba silencioso, circunspecto; parecía adivinar con sus restantes sentidos el paisaje que recorrían, un paisaje que, sin embargo, no había visto antes.

Ella, Jacquie, continuaba sujetando el volante con manos firmes.

El tránsito no cesaba.

Coches con matrícula alemana, suiza, francesa, y española también, seguían la ruta del Sur.

Jacqueline procuraba adelantar a los que tenía delante, también de diferentes nacionalidades.

Y el sol, ese sol dominante, poderoso, seguía pegando fuerte.

Quedaba aún mucho camino por delante.

Jacqueline interrumpió el silencio para preguntar:

—Ese amigo tuyo que vamos a esperar al aeropuerto... ¿Es editor?

—No. Es periodista. Le conozco hace muchos años. Ya conocía a su padre también... Es un gran muchacho. Joven. Tiene un gran porvenir.

—¿Y a quién vas a darle tu libro para que lo publique?

—Ha hablado con algunos editores. Está en buena relación. Dice que varios están interesados. El tratará de sacar el mayor beneficio, aunque a mi esto es lo que menos me importa. No he escrito el libro pensando únicamente en el dinero... Es mi propia vida, ¿sabes? Y una vida..., no se puede valorar en francos..., o en el dinero que sea. Tenía necesidad de escribir lo que he escrito.

—Yo sé que tendrá mucho éxito, Marcel —susurró ella.

Luego, prosiguió el silencio hasta que Jacqueline volvió a interrumpirlo para preguntar:

—¿Está casado?

—¿Quién?

—Pierre.

—No. Que yo sepa, sigue soltero. ¿Te interesa mucho?

—No, claro que no, pero es que... No sé... Creo que ese nombre me suena. Pierre Audiard... No consigo recordar.

—Es bastante conocido en Francia. Hace crónicas de sucesos. En los casos de sangre, aparece siempre él.

—¡Ahora recuerdo! Leí algo en una de esas revistas de chismes... ¡Oh! Sí hubiese sabido que se trataba de la misma persona...

—¿Qué fue lo que leíste?

—Que va a casarse... Sí. Ahora recuerdo. Su prometida es Aurora Duprez, la hija del millonario coleccionista de joyas. Por eso me sonaba el nombre... Sí, sí... Es como si le estuviera viendo. Alto, bien parecido. Es realmente un chico muy..., muy interesante.

—Vaya con Pierre, prometido con una millonaria. Bueno... él también viene de buena familia, y me consta que el dinero le tiene sin cuidado.

—A ella, sin embargo, le gusta hacerse ver. No hay semana en que no aparezca en alguna de las publicaciones del gran mundo. Y

hasta creo recordar que estuvo mezclada en un escándalo.

—Bueno... A algunos periodistas les gusta ensañarse con la sociedad. Exageran. Saben que cualquier cosa que haga un famoso será noticia, y recargan las tintas.

—Pero lo de esa chica era distinto... Me parece que estaba relacionada con un crimen.

—¿Un crimen?

—Bueno, quizá me confunda. De cualquier modo, no tuvo nada que ver; de lo contrario, no andaría suelta.

El excomisario frunció el entrecejo.

El avión, en vuelo procedente de Ibiza, llegó a la hora anunciada.

Entre los pasajeros que descendieron por la escalerilla se encontraba Pierre Audiard. Iba acompañado de una muchacha.

—Son ellos —anunció Jacqueline—. Sí, la chica es igual a la que he visto en las fotos. Y él... Bueno, él me parece más guapo.

Marcel sonrió.

—Llámales cuando estén cerca... Aquí parece que hay mucha gente, puede que Pierre no se diera cuenta...

La pareja avanzaba hacia la entrada. Parecían distraídos hablando.

Jacqueline se separó de Marcel para ir a llamarles, pero en aquel momento Pierre levantó la mirada y exclamó:

—¡Pero si es...! ¡Marcel!

Guiado por la voz, el individuo se volvió hacia el recién llegado.

Instantes más tarde, los dos hombres se abrazaban.

Pierre efectuó las presentaciones:

—Es mi prometida, Marcel... Éste es un buen amigo, Aurora. Ya te he hablado de él. Es el autor del libro que relata su vida.

—Es un placer, señor —sonrió ella, tendiéndole la mano.

Marcel tuvo que tantear un momento, pero al fin tomó la mano de Aurora.

—Celebro conocerla, señorita Duprez... ¡Ah! En cuanto a mí, puede llamarme Marcel. Si Pierre le ha hablado de mí, sabrá ya que somos como de la familia... Bueno, pero no nos quedemos aquí. Jacqueline... ¡Oh, por cierto! No les he presentado a mi secretaria. Bueno. Es secretaria, enfermera y dama de compañía... De todo un poco, y todo bien, por supuesto.

—Marcel es muy amable —se apresuró a aducir la presentada.

—Ella me ha conducido hasta aquí. Ahora regresaremos todos a mi apartamento de Benidorm. No es muy tranquilo, pues en esta época, hay demasiado bullicio, pero tengo aire acondicionado. Si molesta el ruido, se cierra, y le queda a uno el paisaje... Es maravilloso todo.

Se hizo un silencio. Todos habían comprendido que, aunque Marcel no podía ver el panorama desde su apartamento, parecía presentirlo.

Pierre rompió la pausa:

—La verdad es que no tenemos tiempo, Marcel.

—Bueno... Ya sé que no habéis comido... Tomaremos cualquier cosa en...

—No. No es esto. Yo tengo que estar mañana en Barcelona, y Aurora está algo fatigada. Querría ahorrarle el viaje... Es muy gentil por tu parte, pero mi plan es dejarla a ella en un hotel, en Valencia. Yo iré contigo a recoger las copias del libro, y regresaré. Tengo la reserva para continuar el viaje en el vuelo de mañana, a las nueve.

—Pensé que te quedarías unos días conmigo, Pierre. Ya había preparado una habitación. Y hay otra para Aurora. El apartamento es grande y...

—Lo siento. En otra ocasión —cortó el periodista—. De veras que lo siento, Marcel, pero es que... pensamos casarnos la próxima semana en Notre Dame.

—¡Ah! Mi enhorabuena... Bueno... Ya que tienes los planes hechos... utilizad al menos, el coche que hemos traído. Os llevaremos a Valencia, y dejaremos a tu prometida hospedada en el hotel.

—Por mí, me da igual, Pierre —adujo Aurora—. Si quieres que vayamos a casa de tu amigo...

—Hay casi doscientos kilómetros de camino, Aurora, y luego tenemos que regresar —repuso Pierre—. Iremos otro día. A mí me gustaría... Además, yo ya estuve en Benidorm. A ti también te gustará, pero con más tiempo...

Avanzaban hacia la salida del edificio. El invidente hizo un movimiento con el bastón, indicando silencio. Su ceño se arrugó, y sus oídos parecieron aguzarse.

—Un momento —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó Pierre.

Las dos mujeres se miraron, sin comprender el motivo de la actitud de Marcel.

—¿Nos... nos sigue alguien? —preguntó el invidente.

Instintivamente, todos miraron en derredor.

—No. No parece —dijo Pierre.

—¿Hay alguien cerca...? —insistió el ciego.

—No. Nos hemos quedado los últimos. Bueno, entran algunas personas... —repuso el periodista.

—Bueno... Debió ser una absurda idea... Lo malo de no ver es esto... Uno imagina cosas que no son. —Y sonrió como tratando de quitarle importancia a su sospecha; sin embargo, Jacqueline, que había aprendido conocerle, sabía que Marcel no parecía del todo convencido.

Y la mujer miró en torno suyo, pero no supo apreciar a nadie que pareciese interesado en el grupo que formaban.

Pierre también echó una nueva ojeada, que igualmente resultó ineficaz.

Más tarde, saliendo de Manises, camino de Valencia, Jacqueline, al conducir lanzaba miradas al retrovisor.

Un descapotable rojo parecía marchar tras ellos, al mismo ritmo que el «Peugeot».

A Pierre no le había pasado por alto el detalle y, mirando significativamente a la secretaria, le pidió:

—Deténgase en ese parador que hay a la derecha. Olvidé comprar cigarrillos.

—Si quieres, yo tengo un paquete de «Gauloises».

Aurora abrió el bolso, e iba a decir algo referente al tabaco, pero Pierre le apretó la muñeca y con el índice le indicó silencio.

—Son para Aurora. A ella le gusta el tabaco inglés. Será sólo un momento.

Jacqueline viró hacia la derecha.

Apenas habían aparcado, el descapotable rojo pasó por la carretera, sin detenerse. Pierre observó la matrícula. Era francesa.

Jacqueline salió del coche, y se aproximó al joven.

—Usted pensó lo mismo que yo. Que ese coche nos seguía —dijo, seguro de que desde allí el invidente ya no podía oírla.

—Fue una simple precaución. Dígame... ¿Acaso Marcel se siente

amenazado?

—Que yo sepa, no —repuso la secretaria—. Es la primera vez que ha preguntado si alguien nos seguía.

—¿Cómo está?

—Bueno... Ya va para un año que estoy con él, y diría que mejora de día en día... A veces, parece que ve las cosas tan bien como una persona normal. Tiene mucha intuición. Ha aprendido completamente el *braille*, y tiene un espíritu deductivo admirable. No sé cómo estaba, en los primeros tiempos de que le ocurriera... eso, pero yo diría que ha logrado vencer la sicosis normal en casos como éste... Tiene que ser algo terrible.

—Desde luego, y ahora siento no poder quedarme, pero de veras me es imposible... Cuédalo bien.

—Ya lo hago.

—Bueno, vayamos por ese tabaco para que no se extrañe. — Pierre miró en derredor. Entonces, el descapotable rojo volvió a pasar en dirección opuesta. Pareció como si fuera a detenerse en la explanada, pero siguió carretera adelante, como regresando al aeropuerto otra vez.

—Viaja una pareja —dijo Jacqueline—. Les vi antes... cuando venía detrás. ¿Cree, de veras que pueden seguirnos?

—No creo. Posiblemente, se trata de una coincidencia — contestó Pierre, dando el caso como terminado.

Pero... ¿Era una coincidencia?

CAPÍTULO II

Valencia, 9 de la noche.

Desde uno de los pisos altos del hotel, podía verse el resplandor de los luminosos de la gran ciudad levantina.

El aire, ligeramente cálido, acentuaba el bochorno.

Laura Morey cerró la puerta de cristal corredera, y murmuró:

—Prefiero el aire acondicionado.

—Hace tanto calor como en París —repuso Aurora.

—¿Regresarás pronto?

—Mañana mismo o pasado... Ha sido una verdadera casualidad encontrarnos.

—Tú llegaste en el avión de Ibiza, y yo lo hice en el de Palma, pero me entretuve comiendo en el aeropuerto. ¿Por cierto? ¿Habéis cenado ya?

—Estoy esperando a Pierre. Ha ido a Benidorm, a casa de ese amigo invidente... Por cierto..., cuando le cuente que tú eras la que ibas en ese descapotable rojo...

—¿Qué?

—¡No se qué se habían imaginado! —exclamó Aurora, divertida.

—¿Creían que os seguíamos? —inquirió Laura Morey.

Laura, rubia, sofisticada, de aspecto voluptuoso, con ademanes estudiados, se estaba dando laca a las uñas.

—Lo curioso es que fue el ciego quien lo descubrió.

—Pero dices que es ciego de verdad ¿no?

—Sí... Pierre ya me contó la historia, pero la verdad es que no puse demasiada atención. Son cosas que no me atañen.

—De todos modos, debe ser muy listo.

—¿El ciego?

—Si pensó que le seguían...

—Pero se equivocó, porque vosotros no seguíais a nadie.

—¡Oh, no! Por supuesto, fue una coincidencia.

—¿Por qué volvisteis atrás?

—Mi acompañante quiso mostrarme un lugar de bastante fama —aclaró la rubia.

—¿Está bien?

—Yo sólo deseaba llegar al hotel. Estaba cansada, y con ese calor...

—Bueno. Tengo que irme.

—Coge eso, si quieres —dijo Laura, indicando la mesita de noche—. Yo no lo necesito.

—Gracias, Laura. Ya nos volveremos a ver.

—Tal vez, pero si no, que tengas buen viaje... Y que te pruebe el matrimonio, Aurora.

—Gracias. Sé que voy a ser muy feliz. Nadie me quiere tanto como Pierre.

Laura sacudió la cabeza de un lado a otro con cierta dosis de escepticismo en su semblante.

Algo mayor que Aurora, Laura parecía estar de vuelta de casi todo..., al menos, en lo relativo a la cuestión hombres.

Cuando Aurora llegó a su apartamento en la planta inferior, justo debajo del que ocupaba Laura Morey, coincidió con Pierre, que llegaba a buen paso.

—¡Oh, Aurora! Abajo esperan Marcel y Jacqueline. Mi amigo se ha empeñado en ser nuestro anfitrión. Tanto le da que sea Benidorm como Valencia, pero quiere invitarnos. No he podido decirle que no. Voy a cambiarme. Vístete tú también. Iremos a cenar.

—¿Qué me pongo?

—Algo sencillo. Vamos a un restaurante típico del puerto.

—En seguida estoy... ¡Ah, quería decirte algo de ese descapotable de esta mañana!

—¿Eh?

—Aunque no has querido decírmelo, yo también supuse, por un momento, que nos seguía. Tu amigo ha sabido impresionarnos...

—Bueno, démonos prisa. Se está haciendo tarde.

—Sólo quería decirte que el coche es de un amigo de Laura Morey.

—¿Laura Morey?

—Sí. Una conocida. Nos hemos visto en varias fiestas. Ella venía de Palma...

—No sé quién es, pero no importa...

—Está bien, no te entretengo. ¿Sabes? Yo también tengo un poco de apetito. Se cena tan tarde en España...

Las dos parejas se acomodaron ante una mesa del restaurante abierto sobre la misma playa de Malvarrosa.

Había gente, turistas o personas de la ciudad, que huían del calor, mucho más soportable junto a la brisa del mar.

El ambiente olía a buen pescado, y los camareros iban y venían con grandes bandejas, surtidas la mayor parte de ellas de toda clase de frutos del mar.

Al fondo, cerca del agua, aún se veía gente sentada sobre la arena, disfrutando del clima. Jugaban algunos chiquillos, y el *ferry* de Mallorca pitaba, indicando que partía rumbo a la isla.

Marcel y Jacqueline, Pierre y Aurora comieron alegremente.

La novia de Pierre estaba animada, reía las ocurrencias de los demás, y contaba anécdotas; explicó también su encuentro con Laura Morey.

—¿Laura Morey? —interrumpió el invidente.

—¿La conoce usted? —inquirió Aurora.

—Puede que sea una coincidencia... Hace tanto tiempo. ¿Cómo es la señorita Morey?

—Bueno... algo mayor que yo, pero esto es confidencial. A las mujeres ya sabe que esto de la edad... —sonrió Aurora.

Pierre permanecía al margen del interés de su amigo por la tal Laura Morey.

—¿Alguien quiere ir a alguna parte, después de cenar? —preguntó, cortando la conversación.

—Mañana tenemos que madrugar para ir a Barcelona —recordó Aurora. Pero en seguida se apresuró a decir—. Bueno... Desde luego, me encantaría salir..., pero a un sitio que tuviera aire acondicionado...

Marcel fue el guía.

—Aquí —dijo a Pierre, que conducía el coche por las afueras de la Avenida del Cid.

Era una sala de fiestas, con una gran profusión de luz, anunciando el espectáculo.

—Es lo último que se ha instalado. Podéis ir. Dicen que no está nada mal...

—¿Podemos...? —inquirió Aurora, y cambió una mirada significativa a Pierre.

Todos habían comprendido. ¿Qué podía hacer un ciego en una sala de fiestas?

—Bueno... —murmuró Pierre—. Podemos tomar unas copas todos juntos, y luego irnos...

—No, no, no —protestó Marcel—. Nada de esto. Sé lo que estáis pensando... No me importa. No entro por que no me apetece. Prefiero..., prefiero ir de paseo.

—Yo te acompañaré —dijo Jacqueline...

—Tampoco... ¿Es que no podéis dejarme solo?

Otra mirada entre los tres. Jacqueline hizo un gesto como si quisiera advertir a los otros.

«No es la primera vez».

—Y no miréis, abusando de que no puedo veros. Andad, divertíos. Yo iré a que me dé el aire... ¿Hay un portero ahí, verdad?

—Sí. El portero de la sala de fiestas —repuso Pierre.

—Bien. Pues preguntadle si hay mesa. Con tanto turista, a veces no se encuentra nada. Yo volveré dentro de una hora. No temáis por mí.

Ante la insistencia del sonriente Marcel, acabaron aceptando.

Le dejaron fuera, una vez que el portero indicó a los otros que podían encontrar mesa.

Una vez acomodados, Aurora murmuró:

—¿No hay peligro en dejarle solo?

Respondió Jacqueline.

—Le gusta hacerlo, a veces. Yo no estoy tranquila desde luego... Bueno, ahora ya me he acostumbrado.

—Debe ser triste musitó Aurora. —No poder ver...

—Desde luego, pero Marcel tiene una gran voluntad. Quiere valerse por sí mismo... Por eso, a veces, pienso que es mejor no llevarle la contraria.

—¿Qué dices tú, Pierre? —preguntó Aurora a su prometido.

—Pues que... Jacqueline tiene razón... Puede que sea mejor

tratarle como si realmente fuese igual que nosotros. Seguramente, está tratando de demostrarnos que no necesita a nadie para desenvolverse...

—A mi me da mucha pena —murmuró Aurora.

En la pista había empezado el espectáculo. Un conjunto de baile español ocupaba la pista. A los extranjeros les encantaba.

Entretanto, Marcel estaba hablando con el portero.

—¡Eh, amigo...! ¿Es el portero, no?

—Sí, señor.

—¿Quiere avisar un taxi...?

—¿Iba usted con esos señores, verdad?

—Sí, sí, pero ahora tengo algo que hacer... Ande, dese prisa. Necesito un taxi.

—Si señor. Veré si... si llega alguno y se desocupa. De lo contrario, tendré que llamar.

—Dese prisa —insistió el invidente.

Dos minutos más tarde, un taxi se detuvo frente a la sala de fiestas, y de él se apearon dos parejas. El portero hizo una seña al coche, y dijo a Pierre.

—Ahí lo tiene, señor. Permítame. Yo le acompañaré. —Se había dado cuenta de que Marcel era ciego, y le tomó del brazo hasta indicarle la portezuela del vehículo.

—Muchas gracias —dijo el joven. Luego, cuando el portero de la sala de fiestas hubo cerrado, indicó al conductor:

—Al hotel Avenida... En la calle Colón, ya sabe.

El portero hizo una seña al conductor, queriendo indicarle que el pasajero que llevaba era ciego. El chófer asintió.

Cuando el automóvil se puso en marcha, en el pensamiento del ciego sólo había un nombre. Un nombre que le obsesionaba: Laura Morey.

CAPÍTULO III

Marcel preguntó, en recepción, por la habitación de Laura Morey.

—Habitación 915, pero no hay nadie. ¿Quiere dejar algún recado? —repuso, solícitamente el recepcionista.

—No, no. Ya llamaré por teléfono..., más tarde. ¿Y quiere indicarme dónde está el bar?

—Sí, señor. Es al fondo a... Permítame, señor. Un botones le acompañará.

Marcel permaneció en la barra del bar, tomando un coñac francés. Mentalmente, había calculado el camino recorrido entre la recepción y el bar, y en su mente parecía haberse trazado un plan.

Aun sin ver, disponía de un amplio sentido de la orientación, y lo utilizó.

Tras pagar la consumición, anduvo con cierta soltura hasta la salida del bar del hotel. Sabía que tenía que bajar unos peldaños, y tanteó, con un albo bastón de ciego, para no tropezar.

El barman hizo una seña a un botones, que se apresuró a cogerle del brazo.

—Le acompañare, señor.

—Sólo hasta el ascensor, gracias —sonrió Marcel.

Poco después, el botones lo confiaba al ascensorista, a quien Marcel indicó:

—Novena planta.

El ascensor subió, raudo, hasta que el indicador señaló la planta que el invidente había solicitado.

—¿Quiere que le acompañe? —preguntó el ascensorista.

—Dígame únicamente hacia qué lado está la habitación novecientos... trece...

—A su izquierda, señor. Yo le acompañaré.

—No, no. De ninguna manera. Estoy acostumbrado. Dígame...

Es la segunda puerta, ¿verdad?

—No, no, señor. Es la quinta.

—¡Oh, qué cabeza...! Primero es la novecientos nueve...

—Al revés, señor. La numeración viene de la otra parte. Posiblemente, antes utilizó usted el otro ascensor.

—Será eso. Gracias, muchachos... Tom...

Entregó al ascensorista una moneda de cincuenta pesetas, y comenzó a andar con paso firme, fingiendo que buscaba las llaves en los bolsillos.

El leve sonido de la puerta corredera del ascensor, al cerrarse, le indicó que el ascensorista ya no estaba allí. Entonces extremó su cálculo.

Le había dicho que la habitación 913 era la quinta puerta, por tanto, si la numeración comenzaba al revés, la 915 sería la tercera, o sea dos puertas antes...

Y la que él quería era precisamente la 915, la que ocupaba Laura Morey.

Tanteó con la mano hasta encontrar la puerta que deseaba. Entonces utilizó la mano derecha para comprobar el número. La cifra estaba en relieve, y le fue fácil advertir que estaba justo ante la puerta deseada.

No tenía llave, claro está, pero no había olvidado los trucos de su antigua profesión. No en vano había sido uno de los mejores policías.

Utilizó una especie de ganzúa improvisada, algo que había sacado del bolsillo, junto con sus llaves.

Forcejeó un instante, tratando de captar con el oído si pasaba alguien por el corredor.

Tuvo la absoluta certeza de que seguía estando solo, y al fin consiguió abrir la puerta.

Cerró rápidamente, y tanteó el terreno. La luz estaba apagada, aunque para él las luces siempre lo estaban, porque sus ojos vivían en perenne oscuridad.

Aspiró tratando de captar algún aroma conocido.

Las personas dejan un rastro doquiera que van. Los perros saben captar perfectamente ese rastro. Los ciegos terminan por aprenderlo también, sobre todo si, como Marcel han tenido que desarrollar a menudo el sentido del olfato, y tienen buenas cualidades para ello.

Expresando en voz baja un pensamiento, musitó:

—Laura Morey... Laura Morey...

En la sala de fiestas, Jacqueline consultó insistentemente su reloj, mientras Pierre y Aurora se hallaban bailando. Disimuló, al verlos regresar.

Pierre invitó:

—¿Quiere bailar, Jacqueline?

—No haga cumplidos por mí...

—No son cumplidos. Vamos. Está usted demasiado inquieta.

Luego, bailando, Jacqueline murmuró:

—No puedo evitarlo... Cuando quiere ir solo..., me pongo nerviosa.

—Déjelo, Jacquie... Déjelo.

—Sí, ya sé. Soy una tonta.

—Marcel fue siempre un terco. Genio y figura. Ya sabe...

—¿Vive amargado, sabe? El finge siempre estar contento, pero, en el fondo, yo sé que vive amargado... Como si estuviera en constante espera.

—¿Está usted enamorada de él?

—¿Eeeeh?

—Bueno... Lleva algún tiempo trabajando para Marcel. ¿No?

—No sé si es amor. De veras. Pero le aprecio y siento..., sentiría que pudiera ocurrirle algo.

—¡No se preocupe! Conozco bien a Marcel. Sabe cuidarse.

—¿Usted cree?

—Pues sí... En realidad, solo... sólo cometió un error en su vida. El que le costó la vista.

—Fue en un tiroteo. ¿Verdad? Nunca ha sido muy explícito en este sentido. Yo... Yo tampoco he insistido. Comprendo que los recuerdos deben resultarle muy desagradables. ¿Qué pasó?

—Fue algo relacionado con el nervio óptico. Pudo haber muerto —repuso Pierre.

—No me refiero a esto... Usted dijo que había cometido un error. ¿Qué error?

—Confiar en una mujer.

Jacqueline quedó mirando fijamente a Pierre.

—No se lo diga. Considérelo como un secreto, Jacquie.

La muchacha asintió:

—Descuide... No le diré nada... —Y al terminar la música, de forma instintiva, Jacqueline volvió a mirar el reloj.

Marcel, el invidente, llevaba ya cuarenta y cinco minutos ausente.

—¡Ya estoy aquí!

Un camarero había acompañado al ciego hasta la mesa donde seguían sus tres amigos.

Era Marcel, sonriente, tranquilo.

—¿Cómo ha ido esto? ¿Buen espectáculo? ¿Ha habido *streap-teasse*?

—Baile flamenco y unos malabaristas —dijo Jacqueline.

—¡Oh, que pena! Pierre era un entusiasta del *streap-teasse*... ¿O es un secreto, amigo?

—¡Anda, siéntate! Toma algo con nosotros. ¿Te apetece un vino amontillado? Le llaman Sol de España.

—Una copita, sí. La última. No quiero entreteneros, si mañana tenéis que madrugar...

—Yo lo estoy pasando muy bien —dijo Aurora.

—¡Oh! Pues, entonces... ¡Viva la fiesta!

Brindó con la copa que le había llenado Pierre. Luego, continuó la música de baile, y Marcel pidió a Jacqueline:

—Si me guías un poco, todavía me atrevo... Yo era un gran bailarín, en mis tiempos...

—No eres ningún viejo —repuso Jacqueline, dispuesta a complacerle.

Y la fiesta continuó. Cuando la secretaria le preguntó:

—¿Puede saberse dónde has ido?

La respuesta del invidente fue cómicamente enigmática:

—¡Ah! Esto es un secreto... Un secreto profesional.

CAPÍTULO IV

Eran poco más de las cuatro de la madrugada. El alba pugnaba por despuntar, y el azul del cielo perdía su intensidad para comenzar el incipiente clareo anunciador del nuevo día.

Valencia descansaba. La gente recuperaba fuerzas, tras el día de calor, para empezar la nueva jornada.

Por una calle circulaba un camión de la basura. Los altos cubos eran vaciados por los empleados de la limpieza pública.

Algún noctámbulo borracho regresaba, algunos, muy pocos, iban al trabajo que les exigía tenerse en pie en aquella hora.

Los coches descansaban, también aparcados a uno y otro lado de las calzadas, convirtiendo las calles en un inmenso garaje al aire libre.

Los anuncios luminosos habían dejado de guiñar. Sólo quedaban las farolas del alumbrado callejero.

Una ráfaga de aire cálido hizo revolotear algunos papeles.

En el hotel Avenida dormitaba el portero nocturno, cerca de la entrada. El conserje de noche tenía la luz encendida, pero él se hallaba en el interior, descabezando un sueño. Era la hora en que los clientes estaban acostados ya.

Los ascensores estaban detenidos. No había ningún empleado que los atendiera. Si un cliente lo precisaba en aquellos momentos, podía manejarlo por sí mismo.

El montacargas que utilizaban solamente los empleados, camareros y camareras, se hallaba cerca del sector de los servicios.

Alguien había pulsado un botón, y el motor comenzó a funcionar.

El montacargas, desprovisto de puertas, comenzó a ascender verticalmente, pasando por delante de las puertas de las distintas plantas.

Se detuvo en la planta número 8.

Alguien tanteó la puerta en la oscuridad. Se abrió fácilmente. No tenía ninguna cerradura. Bastaba que el ascensor estuviera detenido para que la puerta pudiese funcionar desde el interior.

La sombra tanteó la pared del corredor interior y avanzó.

Una luz llegaba del paso que comunicaba con el pasillo principal, el que utilizaban los clientes para dirigirse a sus respectivos apartamentos.

La sombra, cambiaba despacio, pero con paso firme.

Llegó al paso, y enfiló el corredor que estaba sumido en la penumbra. Era suficiente para ver y no equivocarse.

La sombra siguió su camino.

Se detuvo ante la primera puerta, y pareció aguzar el oído para cerciorarse de que no había nadie.

Luego, continuó.

La calle continuaba desierta. Acaso el automóvil conducido por alguien que regresaba de una juerga cruzó, raudo, por la calle Colón. Luego, otra vez el silencio.

El coche de la basura cruzó por la esquina para continuar por la primera bocacalle a la derecha del hotel, donde se detuvo en la parte trasera.

La insonorización evitó el ruido de los recipientes metálicos que almacenaban los desperdicios del establecimiento, que desaparecieron en el interior del vehículo.

La sombra se detuvo ante la habitación 815.

Una mano enguantada tocó el picaporte y lo pulsó, dando le vuelta sigilosamente.

El silencio era absoluto.

En la calle, el camión de la basura se alejó. Uno de los basureros hizo un comentario, refiriéndose al calor.

—Date prisa. Cuanto antes terminemos, mejor —gruñó otro compañero.

El portero interrumpió su leve sueño para levantarse ante la aparición de una pareja de clientes.

—Buenos días, señores —saludó.

La sombra de la octava planta acababa de introducirse en la habitación 815.

Avanzó en la oscuridad, y permaneció a la escucha.

Podía percibirse la respiración acompasada de la persona que

estaba durmiendo.

Era una respiración tranquila, sosegada.

El hombre, lento, pero seguro, extrajo del bolsillo trasero del pantalón una pistola, a la que aplicó un tubo corto. Era un silenciador.

Siguió avanzando por la antesala del dormitorio. Al fondo estaba la cama, y en la cama, una mujer sin apenas cubrirse, una muchacha joven: Aurora.

Aurora dormía profundamente. Se movió para cambiar inconscientemente de posición, pero sin despertarse en absoluto.

Su extraño visitante avanzó un poco más hasta alcanzar los pies de la cama.

Habituado a la oscuridad, la sombra se deslizó hacia un lado de la cama en dirección a la cabecera.

Aurora continuaba con su sueño profundo, peligrosamente profundo.

Su visitante avanzó la diestra, en la que llevaba la pistola provista con el silenciador.

La noche había dejado paso definitivo a los primeros albores y, a través de la cortina, se adivinaba el ligero resplandor, pero el dormitorio continuaba en general a oscuras.

La mano izquierda del visitante de la muchacha tanteó su rostro.

Ella se revolvió, semiinconsciente.

No tuvo tiempo de gritar porque no se dio cuenta de nada. De la pistola salieron dos llamaradas, tres, cuatro... Cuatro chasquidos del todo inaudibles para los ocupantes de las habitaciones contiguas. Cuatro impactos que, gracias al silenciador, no turbaron la quietud de la noche.

El rostro de Aurora se llenó de sangre. Su tersa piel quedó totalmente teñida, y el líquido viscoso se corrió hacia el vaporoso camisón de la muchacha que ya no despertaría jamás.

La sombra guardó el revólver en el mismo sitio de donde lo había sacado, y avanzó hacia la salida de la habitación. Tropezó con una mesita de centro, antes de alcanzar la puerta.

Luego, sin que nadie pudiera verle, desapareció utilizando el mismo camino empleado para la ida.

El camión de la basura cruzaba ya el puente, en dirección a la Alameda. Un par de coches atravesaron la calle de Colón, que

continuaba en silencio.

Las manecillas del reloj señalaban las cuatro y veinte minutos de la madrugada.

Se acababa de cometer un crimen.

CAPÍTULO V

—¡Dios mío! ¿Por qué? ¿Por qué? —No cesaba de repetir Pierre.

Habían transcurrido dos días, y los periódicos de aquella mañana daban cuenta de la noticia:

SÚBDITA FRANCESA, ASESINADA EN UN HOTEL DE LA CIUDAD

Pierre se mesaba los cabellos. Jacqueline le observaba en silencio, en el apartamento de Marcel, en Benidorm.

—No lo comprendo... ¿Quién pudo hacer esto a Aurora? ¿Quién y por qué?

Marcel, que había permanecido largo rato en silencio, como si no quisiera cortar el desahogo de su amigo, murmuró al fin:

—¿Qué ha dicho la policía?

—¿Qué quieres que diga? He contestado a todas las preguntas, sin poder dar ninguna pista... Aurora no conocía a nadie en España. A nadie, absolutamente... Y ni siquiera la han asesinado para robarla. Todo está intacto, todo. Ni una huella. Nada... Se supone que la mataron mientras dormía...

—¿Mientras dormía? —inquirió Jacqueline, que también hasta entonces había permanecido silenciosa.

—Eso parece...

—Entonces, no existe la posibilidad de que... —Se interrumpió.

—Sigue —pidió el ciego.

—No sé, pero se me ocurrió que podía tratarse de algún maníaco... Alguien que hubiese entrado para atacarla. Ya me comprenden...

—No, no. Hay que descartar eso. Ni siquiera hubo lucha... —repuso Pierre.

—¿Y nadie vio nada? —preguntó Marcel.

—Nadie.

—Tal vez fue alguien del hotel —apostrofó Jacqueline.

—¿Por qué? —insistió Pierre en la misma pregunta.

Estaba desesperado. Desesperado, buscando una respuesta, una explicación, que no lograba encontrar.

Tomó un trago de la botella que había sobre la mesa. Era *whisky*. Se sirvió un nuevo vaso.

—La bebida no refrescará tu cabeza —musitó Marcel.

—Dame una explicación, Marcel. Dámela. Tú tienes experiencia... ¿Qué podían querer de Aurora? ¡Oh, Dios! Íbamos a casarnos... Era una muchacha sin enemigos. Todos los que la conocían la querían. Nada presuntuosa, sencilla... ¡Dios, Dios! ¿Por qué?

—Cálmate, amigo mío —pidió Marcel, quedamente—. Cálmate.

—¡Pobre, Aurora, pobre! —susurró Jacqueline, casi como si expresara en voz alta lo que estaba pensando.

Se hizo un largo silencio, que interrumpió Marcel para preguntar:

—Escucha... Procura enterarte si... si Laura Morey está todavía en el hotel.

—¿Qué?

—Laura Morey —insistió Marcel.

—¿Laura Morey?

—Sí. Recuerdo que anteanoche hablamos de ella —intervino Jacqueline.

—Sí, es verdad... Pero... ¿Qué tiene que ver esa Laura Morey? ¿Quién es, en realidad?

—Eso, ahora, no importa, Pierre, pero haz lo que te digo... Sin hablar de ello a la policía. ¿Me comprendes? Es necesario andar con cierto sigilo.

—Laura Morey... Es cierto que ella estuvo hablando —pensó Pierre, frunciendo el entrecejo—. Dije que no conocía a nadie, pero...

—No hagas cábalas... Sólo te pido que procures enterarte de si Laura Morey sigue en el hotel.

—No debe de estar... Hubiera venido a enterarse de algo, a saber... Si era amiga de Aurora, es natural que lo hiciese. Sin embargo..., sin embargo, nadie vino a... —Pierre cambió de tono y,

con voz más fuerte, exigió a su amigo—. Tú la conoces, Marcel. ¿Quién es esa mujer?

—Una vieja, amiga, Pierre... Llévame hasta ella. Te lo ruego. Llévame hasta ella. Primero, averigua si está, pero insisto en que esto hay que llevarlo con el máximo sigilo.

—Descuida... Iré ahora mismo —repuso Pierre.

—Y yo, contigo —agregó Marcel.

Estaban los dos en la recepción del hotel Avenida. El encargado, después de consultar el registro, afirmó:

—En efecto, señor. La señorita Laura Morey dejó la habitación anteayer por la mañana. Tenía que tomar el avión para París. Lo recuerdo perfectamente. Abonó su cuenta, la noche anterior.

—Bien, gracias —repuso Pierre, pensativo.

—¿Qué domicilio tiene en París? —preguntó Marcel.

—No ha dejado ningún domicilio —explicó el encargado.

—Vamos al bar a tomar algo —adujo Pierre, asiendo por el brazo a su amigo.

El botones del ascensor observó al ciego, cuando éste pasó acompañado de Pierre, pero no dijo nada.

Se sentaron los dos hombres en el bar, y Pierre pidió *whisky*.

—Sí. Para mí también —indicó Marcel.

—Recogeré mis cosas y me iré a París —dijo Pierre—. Pero antes, quiero que me digas qué significa esa mujer... Laura Morey. ¿Por qué ese interés tuyo?

—Es un presentimiento, Pierre. No me pidas grandes explicaciones.

—¿De qué la conoces, Marcel?

—Ya te dije que era una vieja amiga... Llévame a París contigo...

—Marcel... Si sabes algo, si sospechas algo..., dímelo claramente. No me gusta andar a ciegas. Aurora ha muerto. La quería, ¿sabes? Ese asesinato no puede quedar impune.

—No. No quedará impune. Te doy mi palabra —repuso Marcel, con absoluta seguridad.

Pierre observó la extrema gravedad del rostro de su amigo. Le conocía de antes, de cuando Marcel tenía fama de ser uno de los mejores hombres de la Brigada Criminal. Conocía su tesón, su

dureza para con los maleantes, su fuerza de voluntad, su amor propio, su indomable tenacidad, cuando se trataba de un caso difícil.

—Marcel. Tú no puedes... —empezó.

—Yo también quiero vengar la muerte de Aurora, Pierre. Te doy mi palabra —sentenció el ciego.

Luego, subieron al piso octavo. La habitación de Pierre era la 819, o sea dos habitaciones después de la que había ocupado Aurora hasta el momento de ser asesinada.

La subida en el ascensor se realizó en completo silencio. Sólo el botones habló, cuando se detuvo en el octavo piso.

—¿Al noveno, señor? —preguntó al invidente.

—¿Eh?

—Perdón. Creí que iba usted al noveno.

—¡Ah, no! —replicó el ciego, esbozando una leve sonrisa—. Hoy me quedo en el octavo.

Al avanzar por el corredor, Pierre inquirió a su amigo:

—¿Estuviste aquí, antes?

—La noche que os dejé en la sala de fiestas —contestó Marcel.

—¿Viniste aquí?

Pierre había abierto la puerta de su habitación, y el ciego entró, tanteando con el bastón.

—Sí, Pierre. Estuve aquí... Es decir en la habitación de Laura Morey.

—Pero...

—Calma y cierra. No había por qué decirlo antes, pero, puesto que el botones me ha reconocido, no tengo por qué ocultarlo. Fingí que iba a la habitación de lado. Necesitaba saber si esa Laura Morey que había nombrado Aurora era la misma que yo imaginaba.

—Pero... ¿Por qué?

—Tengo mis razones, Pierre...

—Y yo, las mías. Si crees que ella pudo tener algo que ver con la muerte de Aurora, tienes que hablar más claro.

Había alzado el tono de su voz, y sujetaba a Marcel por la solapa.

—Bueno... Déjame, hombre...

—Perdona. Compréndelo, Marcel. No estoy para juegos ni medias palabras...

—Lo imagino, pero es necesario que encontremos a esa mujer...

—¿Hablaste con ella?

—No. No estaba.

—Entonces... ¿Cómo puedes saber que era la misma que dices conocer?

—Hay algo inconfundible... un perfume, por ejemplo. Laura no ha cambiado el suyo... El tacto de sus prendas interiores...

—Perdona, Marcel, pero esto es una estupidez.

—No. No lo es... Si fueras ciego, sabrías que no... —Marcel elevó el tono de su voz. Luego, hizo una pequeña pausa, y añadió:

—Yo no digo que, a veces, uno se pueda equivocar... Pero hay otros detalles... Las iniciales, por ejemplo, Laura se hacía bordar sus iniciales en muchos sitios. Un bordado especial... Y otros detalles. No... Sería necesario emplear mucho tiempo para convencerte... O que no vieses absolutamente nada, igual que yo...

—O que conociese mucho a Laura Morey repuso Pierre lentamente.

Y tras un silencio, que el ciego tampoco interrumpió, Pierre adujo:

—Y tú debías conocer mucho a Laura.

—Tanto como para conocerla, aún estando ciego... —Fue la pausada y segura respuesta de Marcel.

CAPÍTULO VI

Tras los trámites oficiales con la policía española, Pierre fue autorizado para abandonar el país.

Jacqueline se había quedado en Benidorm, disfrutando del apartamento de Marcel, que emprendió viaje con su amigo.

Hicieron escala en Barcelona, donde Pierre tenía que solventar algunos asuntos, que había dejado pendientes.

Aquel mismo día, prosiguieron viaje a París, donde llegaron al anochecer.

Marcel se instaló en el apartamento que Pierre tenía en la capital de Francia.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Pierre, cuando deshacía la maleta.

Marcel se había sentado al borde de la cama y tras un silencio, explicó:

—Su verdadero nombre no es Laura Morey... Ése lo utilizaba en algunas ocasiones... Trató de entrar en el cine, pero fracasó. Se creía una diosa..., una superdotada, pero era de barro..., del peor barro, ¿sabes?

—Marcel... Si su verdadero nombre no es el de Laura Morey... Su pasaporte...

—¡Falso!

—¿Falso?

—Sí, Pierre, pasaporte falso. Todo en ella es falso. —Y de nuevo Marcel parecía súbitamente encolerizado, como si el recuerdo de aquella mujer le sacara de sus casillas, y le hiciera perder su natural serenidad.

—Debías quererla mucho.

—Tú sabes que sí, Pierre... Te había hablado de ella. Tú no la conocías, pero te había hablado de ella.

—¡Cielos, Marcel! Estás tratando de decirme que Laura Morey

es...

—Lo has adivinado. Laura Morey no es otra que Lorena Perrier...

Se produjo un silencio, que durante varios segundos ninguno de los dos hombres se decidió a romper.

Luego, fue el expolicía quien lentamente, añadió:

—Lorena Perrier... La mujer que me traicionó. La mujer por la cual estoy ciego. Ella fue. Ella, quien preparó la emboscada. Yo iba confiado... Sabía que podría atrapar a aquella banda de granujas, pero ella les había prevenido. Era uno de ellos. Una vulgar ladrona, como los otros... Sabía que yo iba a confiarme, y obró impunemente...

—¿Por qué no la delataste, entonces, Marcel?

—¿Delatarla? No..., no, Pierre... De veras que no. —Y ahora el invidente hablaba con extremado refinamiento, como si en su mente hubiese planeado para la traidora la peor de las venganzas.

—No... Demasiado fácil y demasiado cómodo —sonrió Marcel—. A mí nunca me han gustado las cosas cómodas. Además... Lorena es cosa mía, solamente mía.

Y así debe ser..., hasta el final.

—Pero...

—Peor para ella, de este modo... Han pasado dos años ya, ¿sabes? Y sé que durante los primeros tiempos, tuvo que vivir con el temor constante en su cuerpo... Sintió un escalofrío cada vez que se encontraba cerca de un policía... Un sobresalto, cada vez que oía a alguien tras la puerta en la que se escondía... Sí... Eso fue mucho peor que si la hubiesen detenido y encarcelado. El miedo resulta siempre un castigo más eficaz que la misma pena. Lorena pensó que yo la denunciaría, y eso debió impulsarla a huir, temiendo ser detenida de un momento a otro.

—¿Y tú... no volviste a saber de ella?

—No... Pero tras la amargura de sentirme traicionado, gocé como un sádico, al pensar en su nido constante... Y la esperanza de que algún día volvería a toparme con ella, me ha ayudado a vivir..., a sobrellevar esa pesadilla constante de no ver nada. De ansiar ver otra vez las cosas bonitas y tener la certeza de que ya nunca más podré verlas... Y sin embargo, Pierre, al principio no fue mi ceguera lo que más desespero produjo en mi alma. No... Era mil veces peor

saber que había sido ella, la mujer por la que me hubiese dejado matar, la que me había estado mintiendo, traicionando mi amor, mi confianza, lo más sagrado...

—Sí, comprendo, pero... tu vivir debe ser desesperante... ¡Marcel! No se puede estar pendiente, día y noche, de una idea. Tú solo ansias vengarte... Pero ¿cómo? ¿Acaso no sería mejor avisar a la policía?

—Oh, no... No he esperado tanto tiempo para abandonar ahora. No, Pierre... Tengo que ser yo, y a mi modo, quien le dé su merecido... Yo, Pierre...

—Dios mío Marcel... Recapacita... Comprendo tus argumentos. Entiendo perfectamente tu orgullo herido, tu amor traicionado, el daño moral y material que te produjo, pero, con tu actitud, tú mismo prolongas ese daño.

—Puede que tengas razón, Pierre, pero no me importa... Porque si ella huyó de Valencia fue porque supo que yo estaba cerca, y lo supo de una forma casual, por Aurora.

—¿Y crees que ella pudo haber matado a Aurora?

El ciego guardó silencio, y fue el propio Pierre el que pensando en voz alta, añadió:

—Acaso le habló de ti... le dijo tu nombre, y Lorena pudo pensar que Aurora te hablaría a ti de ella... Y pensó matarla para que tú no supieses... ¡Oh, Marcel! Lo encuentro muy rebuscado.

—Busca en el listín de teléfonos. No creo que encuentres nada... Antes, su nombre no figuraba en la guía, pero no está de más confirmarlo. Lorena Perrier, o Laura Morey... Quizá adoptó ese último nombre. Búscalo, Pierre. Busca en la guía —repitió el ciego.

Pierre miró un buen rato a su amigo. Mentalmente, le compadecía por su rencor, por su vida, de pura apariencia alegre y resignada, cuando, en realidad, era un infierno por dentro.

—¿La buscaste tú alguna vez, Marcel? —inquirió, con uno de los listines en la mano.

—Cuando salí del hospital... Pero ya no estaba. ¡Cómo iba a estar! Me la imaginé huyendo, atemorizada. Luego, pensé que, si había leído la noticia de que me habían dado de alta, aumentaría su miedo porque, conociéndome, supondría que yo iba a perseguirla... Sin embargo, no lo hice... Me limité a hacer algunas indagaciones, que no dieron resultado... Luego, pensé que a menudo las cosas no

hay que buscarlas, vienen solas, y decidí esperar... Compré el apartamento en España, y ya sabes... empecé a escribir mis memorias. Después..., ahora ya ves, el destino me ha puesto nuevamente en el camino de Lorena, y ahora no pienso soltarla.

—¿Vas a perderte por ella, Marcel?

—¿Perderme, Pierre...? —Marcel sonrió con cierta amargura—. ¿No ves que ya estoy perdido, amigo mío?

La búsqueda en el listín telefónico había resultado infructuosa, y aquella noche Pierre había cedido su cama a su amigo.

Marcel apenas concilio el sueño. Tampoco Pierre durmió más allá de una hora.

Sin desnudarse, medio tumbado en el diván, dejó transcurrir las horas, pensando en el asesinato de Aurora.

El nombre de Laura Morey también había comenzado a constituir una obsesión para él.

Laura Morey. ¿Sería ella la asesina?

Era ya de mañana cuando tuvo una súbita idea, y la puso en práctica rápidamente.

Pidió una conferencia con el hotel Avenida, de Valencia.

La pregunta no era muy corriente, y el empleado de la recepción puso algunos reparos.

—¡Le llamo desde París! Soy el novio de la muchacha que asesinaron hace cuatro días. Necesito encontrar al acompañante de Laura Morey... Conducía un descapotable rojo. Creo que era un «Ferrari». Repito que es muy importante.

Tuvo que esperar unos momentos. Los segundos le parecieron eternos, mientras, en su mente, revivía la escena de la carretera, cuando iba del aeropuerto a Valencia, y tuvo la sensación de que aquel descapotable, le andaba siguiendo...

Aquello podría tener algún sentido...

Recordaba, también, que durante la cena en el restaurante de Malvarrosa, en Valencia, Aurora había hecho mención del asunto. Dijo haberlo «hablado con Laura Morey».

Sí. Quizá Laura podía estar implicada, de algún modo en el crimen... Y si a ella no era posible localizarla, tal vez resultaría más fácil encontrar a su acompañante a través del hombre, llegar hasta Laura...

La voz del encargado de recepción interrumpió los pensamientos

de Pierre:

—Oiga, señor. Lo siento, no podemos dar información sobre nuestros clientes. Es nuestra norma.

—¡Escuche! Soy Pierre Audiard. El periodista que estuvo alojado en su hotel... Necesito esa información.

—¡Ah! ¿El señor Audiard? Sí... sí..., le recuerdo, señor Audiard, pero, de veras, no puedo informarle. No sé a quién se refiere usted. Adiós, señor Audiard.

Colgaron, y Pierre lo hizo, a su vez, frenético.

—¡Malditos estúpidos!

Entonces al levantar la mirada, vio a Marcel apoyado en el vano de la puerta del dormitorio. Había oído.

—No te enfades. A menudo es a quien menos información dan. Llama a Jacqueline. Ella cuidará de averiguarlo. Yo también estaba pensando en lo mismo.

Pierre asintió y, en el momento en que iba a tomar nuevamente el auricular para pedir la conferencia con Benidorm, sonó el teléfono.

—Pierre Audiard al habla.

Era un compañero de la redacción.

—Soy Claude... No me preguntes cómo sé que has llegado. Basta leer todos los periódicos de París. Todos, menos el nuestro, claro. El jefe echa chispas, y creo que por una vez, tiene razón... Una vez que un periodista es noticia, resulta que su periódico es el último en enterarse... No hago más que transmitir las palabras del viejo... Perdona, Pierre. Particularmente, siento lo ocurrido.

—Gracias, Claude. Ya iré por ahí. Llegué tarde, anoche, y la verdad es que no tengo ánimo para nada.

—Lo comprendo. Diré al viejo que no he podido localizarte.

—Di lo que quieras. Luego, me llegaré por ahí. Pero no pienso hacer sensacionalismo de esto. De veras. Hasta luego.

—Adiós, amigo.

Pierre colgó, y pidió la nueva conferencia.

—Con Benidorm. Teléfono...

Marcel se lo dictó y Pierre lo trasladó a la operadora encargada de establecer la conferencia.

Pierre se hallaba en la redacción, rodeado por sus compañeros. Jacqueline, desde Benidorm, había prometido procurar toda la

información posible, quedando en que telefonaría por la tarde. Pierre, por consiguiente, aprovechó para pasarse por el periódico.

El «viejo», como llamaban todos al jefe de redacción, apartó a los compañeros, y se encaró con Pierre.

—Ven, vamos a mi despacho.

Los otros le palmearon la espalda. Pierre siguió al jefe de redacción que, tras entrar en su acristalado despacho, pidió:

—Anda, cierra la puerta.

—Si tienes que soltarme un sermón, ahórralo. No pienso escribir ni dos líneas sobre el asesinato de Aurora.

—Te conozco. Sé que eres más terco que una mula. Bueno. No te pediré que hagas sensacionalismos, pero, al menos, mantén informada a la gente.

—A la gente, maldito si le importa lo que ocurre. Si no se les habla de ello, lo ignorarán y, es mejor así. ¿Para qué despertar la curiosidad? Nadie sabe nada de nada.

—Pero Pierre... Tan pronto se recibió la noticia agencia, lo publicaron los periódicos. Tú no eres un reportero vulgar. La gente te sigue.

—Estaba de vacaciones.

—Un periodista nunca está de vacaciones. Un buen periodista. Tú eres un buen periodista. No necesitas que te recreen los oídos.

—Maldito si me importa, Louis... Te digo que no sé nada. Mataron a Aurora de la forma más estúpida. Un asesinato a sangre fría, mientras dormía. Cuatro balazos en el rostro, y ni la más leve pista. Nadie oyó nada...

—Pero tú no te conformas con esta versión. ¿Verdad? Eres de los que no abandonan un asunto hasta que está listo y rematado... Y más, si es un asunto que te atañe...

—Descubriré al asesino de Aurora, desde luego. O al menos, lo intentaré —afirmó lentamente el periodista.

—Pues eso es lo que quiero, Pierre... Mantén a la gente en «suspense»... Háblales de tus sospechas...

—No seré tan incauto...

—¿Temes espantar la caza?

—Puede.

—¿Acaso tienes ya alguna sospecha?

—Voy detrás de alguien, pero la información que poseo es

mínima.

—¿Es un compatriota nuestro?

—Ni siquiera lo sé.

—Vamos, Pierre...

—No, Louis. Tendrás una información completa..., cuando todo haya terminado. De momento, sigo de vacaciones.

—Pierre... No soy un desalmado... Pero vivimos de esto. Tú lo sabes... Si los demás se nos anticipan...

—De lo que yo sepa, no haré participe a nadie. No te preocupes. Los demás..., si publican algo, serán meras conjeturas. La información completa la daremos nosotros en exclusiva..., pero a mi modo... Quizá entonces, cuando todo haya terminado, será como un desahogo. Y ahora, déjame en paz. Tengo cosas que hacer.

Jacqueline llamó aquella tarde, tal como había prometido. Lo hizo desde Valencia capital.

—Me ha costado un poco, Pierre —dijo, a través del hilo telefónico—. Pero al final lo he logrado. El propietario del descapotable rojo es americano. Se llama Jefferson. Andrew Jefferson. Vive, habitualmente, en la isla de Mallorca.

—Pero... ¿No acompañó a Laura Morey a París?

—Fueron a Mallorca, Pierre. Lo he comprobado en el aeropuerto. Anularon la reserva que tenían para París, y tomaron un vuelo para Palma.

—Te has portado bien, Jacquie... Anda, dame las señas de ese americano.

—*Bungalows* Miramar, Santa Ponsa.

—Gracias, Jacquie.

—¿Pierre...?

—Sí...

—¿Está ahí Marcel?

—Sí. ¿Quieres hablar con él?

—No, no importa. ¿Cómo está?

—Como siempre.

—Cuídale.

—Sí, Jacquie.

—Y tened cuidado, si vais a Mallorca.

—No te preocupes. Adiós, Jacquie.

—Si necesitáis algo más...

—Te llamaré. Ahora comprendo por qué eres imprescindible para Marcel... Bueno, lo he comprendido siempre.

Colgó.

—¿Mallorca? —inquirió Marcel, ambiguamente.

—Sí. Voy a pedir un pasaje.

—Dos.

—No, Marcel. Es mejor que vaya solo. Ella me ha pedido que te cuide.

—Ya me cuidarás allí. ¡Vamos! Si Lorena se halla con ese tipo, quiero estar presente cuando la encuentres...

CAPÍTULO VII

Rugieron los motores, y la distancia comenzó a acortarse. La ciencia había conseguido minimizar la distancia entre París y Palma de Mallorca.

El turborreactor de Air France tomó tierra en San Juan, y poco después, Pierre se hacía cargo del coche que había alquilado desde París.

En el mismo aeropuerto le entregaron las llaves, y le indicaron el vehículo. Un «Seat 1430».

—Es casi nuevo, señor —le dijo el empleado, en perfecto francés.

—¿Está lleno el depósito?

—Sí, señor.

—Necesito un mapa de la isla.

—Dentro hay una carpeta... Si se dirige a algún lugar determinado... Yo puedo indicarle.

—Santa Ponsa.

—Está a veinte kilómetros de Palma, señor. Tome la autopista, y siga por el Paseo Marítimo hasta enlazar con la carretera. No debe desviarse nunca hasta que llegue al indicador.

—Gracias.

Pierre arrancó inmediatamente.

El «Seat» volaba materialmente por la corta, pero eficaz autopista de la capital balear.

En cinco minutos, habían llegado al Paseo Marítimo. Allí, Pierre se vio obligado a aflojar la marcha, debido a la densidad del tránsito.

Aceleró mientras pudo, y así recorrió aquella impresionante portada de hoteles y apartamentos. Después, dejó atrás el puerto, con las estaciones marítimas de Valencia y Barcelona, y continuó por la ancha y bien asfaltada carretera hacia Calamayor, con sus

curvas de ciento ochenta grados.

Chirriaban las ruedas de los vehículos, bajo el ardiente sol de la primera hora de la tarde.

Pasaron un par de cruces, y Pierre se mantenía con la mirada fija en los indicadores.

Se anunciaba la proximidad de Palma Nova, importante núcleo veraniego. Ahora la carretera discurría en medio de una arboleda. El tránsito seguía siendo intenso...

Pierre no reparaba en el paisaje. Era lo que menos le importaba. Marcel, a su lado, permanecía silencioso.

El auto enfiló una recta de un par de kilómetros, y el «Seat» rebasó a dos coches que marchaban más lentos.

A uno y otro lado se levantaban urbanizaciones, y chalets, apartamentos. Hacía el lado izquierdo, el agua del mar brillaba, al reflejar la luz del sol.

Aparatosos rascacielos daban una extraña fisonomía al paisaje marino. Luego, venía un tramo de arboleda y el indicador:

Santa Ponsa.

—Ya estamos. Es hacia la izquierda.

Tras hacer la señal con el intermitente, Pierre hizo virar el coche, que enfiló el kilómetro y pico en línea recta hacia la playa principal de Santa Ponsa.

Se detuvo al llegar al núcleo principal. Hizo una seña a un conductor de taxi.

—¡Eh, amigo! —dijo en castellano—. Buscó los apartamentos Miramar.

—Siga por la carretera. Los *bungalows* están después de la cala pequeña. Al subir la cuesta. No tiene pérdida.

—Gracias.

Puso en marcha el auto, y dobló la primera curva. Ante sí se encontró con un pequeño puerto, de embarcaciones pesqueras y de recreo. Más allá, después de otra curva, una pequeña cala, con pinos en la misma arena. Luego, empezaba la pendiente en cuesta arriba. Otro medio kilómetro y...

Aflojó la marcha.

—Creo que ya hemos llegado.

Leyó el nombre de la urbanización.

—Intentaré averiguar dónde vive el americano. No te muevas...

Será mejor. Si ella te ve, puede que trate de esconderse... Sigue aquí. ¿Eh?

—Está bien, pero ten cuidado... En cuanto vayas con preguntas, el tipo puede sospechar...

—No te preocupes. Sé cuidarme.

Salió del coche y avanzó por un sendero bien cuidado. Los *bungalows* estaban situados en forma estratégica, sin guardar una distancia uniforme, pero dispuestos con gracia, con sentido geométrico.

El mar era el gran telón de fondo. Más abajo se adivinaba una playa privada, junto al parque artificial, creado en torno de los *bungalows*.

Todo olía a nuevo.

Las plantas, demasiado pequeñas, estaban, sin embargo, bien cuidadas. Había abundancia de pinos de un exuberante verdor.

Pierre se dirigió a la oficina de Información. Era una construcción en forma de cabaña.

Había una empleada extranjera, leyendo un libro y descansando en una hamaca de lona. Vestía un sucinto bikini, y sonrió al ver a Pierre.

—Soy francés. ¿Habla mi idioma?

—Somos compatriotas —sonríole ella—. Me llamo Chantal. ¿En que puedo servirle?

El la miró con ojos críticos. No por estar allí con una idea fija, dejaba de admirar la belleza femenina, y Chantal tenía mucho que admirar.

—Busco un *bungalow*, propiedad de un americano.

Andrew Jefferson es su nombre.

—¡Oh, sí! Es el número 10. Está en la parte de atrás. Siga por este sendero. Ya lo verá en seguida. Tiene su nombre en la entrada.

—Y señaló con la mano.

—¿Está el señor Jefferson, ahora?

—Pues no lo sé. Si no lo encuentra en la casa, puede que esté en la playa.

—Otra pregunta... ¿Sabe si... está solo?

—Bueno..., la verdad es que no me fijo. Yo estoy para atender a los nuevos clientes. Claro que si los propietarios me piden algo, y puedo complacerles, lo hago encantada... —Parecía decirlo todo

con doble sentido. Pierre se dio cuenta de ello, pero en aquellos momentos prefirió ignorarlo.

—Número diez —repitió—. Gracias, Chantal.

Enfiló por el camino. Luego, más atrás, entre los dos pequeños *bungalows* que quedaban más abajo, se veía el indicado por la muchacha.

Aparte de Chantal, no parecía haber ningún otro ser viviente en toda aquella zona.

Pierre se plantó frente al *bungalow* número diez.

La casa tenía el aspecto de estar desierta. No obstante, el periodista avanzó hacia la entrada.

Tras intentar percibir algún ruido en el interior, llamó con los nudillos, y esperó unos instantes.

Nadie contestó.

Repitió la llamada, con idéntico resultado.

Se separó de la puerta, y rodeó la edificación. Consta de una sola planta, y su forma era irregular, con entrantes y salientes.

En la parte trasera había una puerta, y Pierre observó que se hallaba entornada. Se aproximó, tomó la empuñadura y empujó lentamente.

Al quedar franqueada la entrada, se encontró en un paso que conducía a la cocina, luego una gran arcada daba acceso a la sala principal. Todo estaba sumido en la penumbra, merced a las persianas graduables. Avanzó mirando en derredor. En el lado opuesto había otro paso, que parecía conducir al —o a los— dormitorios. En el lado derecho, la pared proseguía y formaba un hogar, detrás se abría un hueco ancho, donde había la mesa del comedor. Pierre no había llegado allí todavía. Avanzaba despacio, y aguzaba los sentidos.

Lleco al final de la pared y se volvió un instante. Allí quedó inmóvil. Sus ojos se clavaron en el suelo, junto a la redonda mesa lacada. ¡Había un hombre tendido!

El cuerpo de un hombre con los ojos desorbitados, inmóviles. Era un cadáver.

El chasquido de un revólver al ser montado para su uso inmediato sacó a Pierre de su momentánea abstracción. Se revolvió rápido y se encontró con un tipo de pelo más bien largo, parte del cual caía sobre su frente a modo de flequillo. Lo llevaba bien

cuidado.

En unos segundos, Pierre le hizo un retrato mental. Aparentaba unos treinta y dos años, tenía poderosos bíceps, y estaba bien cultivado físicamente. Su musculatura, en general, parecía extremadamente cuidada. Podía apreciarse, con detalle, ya que el individuo vestía únicamente un *slip* de baño.

Para Pierre aquella clase de tipos sólo podían ser *play-boys*, vividores a costa de... lo que saliese, o acaso deportistas, pero el tipo del revólver no parecía pertenecer a éstos últimos.

—Quieto, amigó. Levante las manos —dijo el atleta, en inglés, pero con acento marcadamente estadounidense.

CAPÍTULO VIII

—¡No se esfuerce! No entiendo su idioma. Soy francés —dijo Pierre, dando un paso hacia adelante.

El otro movió significativamente el revólver.

—Entonces, hablaremos el idioma del país que estamos... Si no lo sabe, lo siento, yo tampoco sé francés —dijo el americano, chapurreando el castellano.

—Esto ya está mejor... ¿Quién es usted?

—Las preguntas las hago yo —repuso el otro—. ¡Y levante las manos!

—Está bien, empiece.

—¿Cómo se llama?

—Pierre Audiard. Soy francés. He llamado un par de veces... ¿Es usted el propietario de este *bungalow*?

—Hemos quedado en que las preguntas las hago yo, ¿no?

—Escuche, amigo. Si es usted Jefferson, no le molestará mucho tiempo... Y no se preocupe por..., ese invitado suyo. No es mi problema.

—¡Tiene gracia! Tengo yo un revólver, y me dice que no me preocupe. Es usted quien tiene que preocuparse, amigo... Soy Jefferson, en efecto... Acabo de llegar a mi casa, y me encuentro un cadáver y un tipo merodeando cerca... Creo que la cosa está bastante clara.

—¿De verás? ¿Qué es lo que discurre su cabeza, amigo?

—Yo no le conozco a usted...

—Pero conocerá a su invitado. ¿No?

—¡Basta! Usted le ha matado... No me gusta tener que ver con la policía, pero, dadas las circunstancias, no tengo otra alternativa. No quiero líos. Ande... Siga adelante.

—Oiga, amigo. ¿No cree que lleva demasiado lejos esta farsa?

—No es ninguna farsa.

—Usted estaba en la casa, cuando yo vine. Debíó verme entrar. Sabe perfectamente que no maté a ese hombre.

—Siga adelante. Esto ya lo aclarará la policía. ¡Vamos! Fuera... Aquí no tengo teléfono. Iremos a ver a la hermosa Chantal. No trate de escapar, porque le advierto que esto está cargado.

Pierre dio la vuelta. De momento, no tenía más alternativa que la de obedecer al americano. Caminó hacia la puerta trasera que había utilizado para entrar.

Jefferson le seguía, a distancia.

—Salga —dijo, al ver que Pierre se quedó en el umbral.

—Oiga, Jefferson. No he venido solo. Tengo un testigo, que me está esperando. Se lo advierto para que se dé cuenta de que pierde su tiempo, con esta mascarada.

—Un amigo... ¿Eh? ¿Y dónde está?

Pierre se volvió ligeramente, y señaló hacia el lado opuesto de donde se encontraba el automóvil.

El americano volvió hacia allí la mirada, en un gesto intuitivo. Era lo que esperaba Pierre para saltar sobre él.

Lo hizo de modo que le sujetó el brazo entre el suyo propio y el cuerpo. Con una llave perfecta, le dobló la mano. El americano soltó un grito, al tiempo que dejaba ir el arma. Se revolvió al instante, y trató de soltar un rechazazo hacia el rostro de Pierre.

El francés paró con el antebrazo la acometida, y cerró la guardia, evitando otro potente disparo con la izquierda.

Jefferson, no cabía duda de que sabía utilizar los puños. Aventajaba en peso al francés, pero la envergadura de ambos era similar.

Pierre, por su parte, sin tanto aparato muscular, sabía, por lo menos, aguantar una pelea. Utilizaba más la cabeza, y así logró capear aquellas primeras acometidas de su rival.

Aguardó el momento propicio para abrir la guardia y soltar el primer golpe, que alcanzó el hígado de su antagonista.

Jefferson se dobló ligeramente, y su momentáneo descuido le valió un gancho en el mentón, que le derribó contra la puerta.

Cayó cerca de la pistola, que intentó sujetar, pero el francés soltó una patada, alejando el arma del alcance de su rival.

Jefferson, reaccionó rápidamente, y se lanzó en plancha hacia las piernas de Pierre.

Cayó el periodista hacia atrás, y Jefferson trató de saltar encima para inmovilizarlo.

Pierre rodó sobre sí mismo, dejando que el americano besara el suelo con su acometida.

Se incorporaron ambos al mismo tiempo, y Jefferson soltó su diestra, que alcanzó al periodista, cuya espalda chocó contra la pared de la casa.

Trató, el americano, de sacar mayor partido de la ventaja que le había proporcionado el golpe, pero ya Pierre estaba dispuesto a «parar» el segundo golpe de izquierda.

Con un buen amago, Pierre consiguió engañar a Jefferson, a quien volvió a castigar en el hígado, doblando el golpe con un zurdazo impresionante, que derribó a su rival.

Jefferson, avezado en luchas, se incorporó, soltando el pie hacia el periodista, con ánimo de alcanzarle el cuerpo, pero Pierre, raudo, pudo cogerle a tiempo y, con una llave impecable, dobló la pierna de su rival, mandándole nuevamente al suelo.

Jefferson se incorporó con desventaja. Estaba visiblemente «tocado» aunque intentaba hacer «sombra» y, con buena esgrima, trataba de mantenerse. Pierre consiguió engañarle y, tras un amago, le endilgó un directo al rostro, soltando en rápido

un-dos,

con la izquierda y la derecha nuevamente.

Eran demasiados golpes para Jefferson que, sin perder por completo el sentido, cayó definitivamente. Ya nada podía hacer en aquella pelea, y Pierre le levantó casi en vilo, sujetándolo por debajo de los brazos.

—¡Vamos! ¡Ya está bien de tanto «cine», amigo! No me importa a quién te hayas cargado... He venido de muy lejos para hacerte un par de preguntas, y vas a contestármelas lo más de prisa que puedas... ¿Entendido?

Le había empujado contra una pared, y tenía la diestra sujetando el cuello de Jefferson.

—¿Dónde está Laura Morey? —Lanzó Pierre.

El americano permaneció silencioso.

Pierre soltó un momento a su rival para golpearle con la derecha, por dos veces. A derecho y a revés. Jefferson se tambaleó.

—¿Dónde está Laura Morey? No me gusta repetir las

preguntas...

Y ante el mutismo del americano, Pierre utilizó la rodilla, con la que golpeó el abdomen de Jefferson. Seguidamente, soltó otro par de bofetadas. Un hilillo de sangre comenzó a descender desde la comisura de sus labios.

—Bueno..., déjeme ya... Yo no tengo nada que ver con esa francesa —soltó, al fin.

—No le pregunto si tiene que ver o no. Sólo me interesa saber dónde está... Sé que hizo el viaje con usted..., desde Valencia.

—De eso hace ya cuatro días, amigo. Se largó.

—¿Dónde?

—¡Yo qué sé! Se ha ido, eso os todo.

—Deme sus señas de París...

—No las conozco. La conocí aquí. Ella se empeñó en regresar a París. Yo tenía que arreglar unas cosas en Valencia, y me la llevé... Luego dijo que prefería volver... De veras que no sé nada. Es una chica muy caprichosa... Yo tengo a las mujeres que quiero. No necesito a ésa, precisamente... Y ahora suélteme.

A Pierre le extrañó un poco la facilidad con que finalmente había hablado Jefferson, y dudó ligeramente. Jefferson insistió:

—Bueno. Le he dicho todo lo que sé. Suélteme de una vez...

Pierre le hizo caso, y se sacudió las manos, sin dejar de observarle.

El americano se tocó el cuello maquinalmente, y luego la hinchazón del pómulo, causada por uno de los golpes recibidos.

—No vuelva por aquí. Las cosas salen bien una vez, pero repetir la suerte puede resultar peligroso.

—Procure no haberme mentido, Jefferson, porque, si me ha engañado, no dude que volveré y terminaré esa pelea.

Dio la vuelta para dirigirse de nuevo por el sendero que pasaba por delante de la cabaña de información. Más abajo vio el coche, medio cubierto por el desnivel del terreno ligeramente ascendente en la parte donde se hallaba Fierre.

Chantal saludó con un expresivo:

—¡Hola! ¿Vio ya a su amigo?

—Sí, sí...

Ella observó el ligero desarreglo que la pelea había producido en las ropas de su compatriota que, a pesar del calor, usaba chaqueta y

corbata, que ahora llevaba floja y mal colocada.

—¿Por qué no se da un baño? A esta hora, la playa está llena de gente que desea tostarse..., pero sé de un sitio tranquilo... Si usted quiere...

—Tal vez no nos dejarán tan tranquilos... Verá, he descubierto algo en el *bungalow* del caballero americano, algo que a la policía seguramente le interesara saber. Llámela.

—¿Eeeh?

—Sí, Chantal. Hay un cadáver allá dentro. No se acerque, y haga lo que le digo...

—Pero... ¿Quién es usted?

—Alguien que la quiere bien. Recuérdelo. Ni vaya, ni se acerque para nada al *bungalow* número diez. —Y Pierre saludó con la mano, alejándose hacia el coche.

Fue al aproximarse al coche cuando creyó ver que estaba vacío. ¡Marcel no se hallaba dentro!

Avanzó a grandes zancadas, y llamó:

—¡Marcel!

No obtuvo respuesta. Miró en derredor, especialmente en la zona que descendía hacia el mar.

La carretera estaba a un nivel de unos doce metros y, al lado de la playa, había un margen de tres o cuatro metros de altura. Abajo comenzaban las rocas, que iban descendiendo hasta el agua. La playa quedaba escondida en una pequeña cala.

—¡Marcel! —volvió a llamar el periodista.

Midió mentalmente el desnivel y, aunque para una persona normal no ofrecía serios peligros dar un salto, no era lo mismo para un ciego.

Mas abajo, la distancia era menor. Corrió hacia allí, y observó que la altura era de un par de escalones aproximadamente.

—¡Marcel! —llamó, por tercera vez.

Abundaban los setos y pequeños pinos, que formaban una tupida vegetación.

Descendió, tratando de buscar a su amigo.

Le pareció ver una sombra moverse entre los pinos.

—¡Marcel!

Entonces sonó el claxon del coche. Instintivamente, Pierre volvió sus ojos a la carretera. Subió de nuevo a la calzada, y vio el cocho

color café, de matrícula inglesa, que avanzaba lentamente.

En la distancia, le pareció ver al volante —situado a la derecha — a una mujer con gafas negras.

El coche ganó rápidamente velocidad, dando la sensación de que su conductora había pisado el acelerador a tope.

Pierre vio cómo el auto iba a echársele materialmente encima. No había testigo alguno, en aquellos momentos.

Pierre se mantuvo expectante, con los sentidos tensos.

El automóvil estaba allí mismo, a dos metros escasos. Pierre ya no dudó en absoluto. De un salto ágil, se lanzó hacia el lado de la vegetación.

—¡Pierre! —exclamó, entonces, la voz de Marcel.

Y el ciego apareció entre los setos.

—¿Dónde estabas? Te he llamado...

—Creo que ella estaba aquí, Pierre... Es un presentimiento...

—Han intentado atropellarme. Una mujer, conducía un coche con matrícula inglesa. Si es la que buscamos, puede que lo haya robado. ¡De prisa! ¡Puede que consiga alcanzarla!

Y sujetando al ciego por el brazo, caminó tan rápido como pudo hasta el coche.

CAPÍTULO IX

El firme de la carretera era bueno, pero las curvas pronunciadas impedían tomar la velocidad que Pierre hubiese deseado para seguir la pista al coche inglés que había tratado de atropellarle.

Cuando dejó las pequeñas calas de Santa Ponsa, y llegó a la recta, vio a lo lejos el auto color café.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Está cerca de la carretera general. Pisó a fondo.

Delante, el coche inglés, a un kilómetro de distancia más o menos, viró hacia la izquierda, en dirección opuesta a Palma. Era un automóvil potente, que en seguida consiguió distanciarse.

Pierre, por su parte, dio al «Seat» el máximo posible de gas, y el automóvil viró como una exhalación, enfilando por la carretera que iniciaba una suave pendiente.

Más arriba, las curvas se multiplicaban, entrando ya en la zona de Paguera.

Bordeando continuamente frondosos bosques de pinos, se sucedían las curvas de ciento ochenta grados para salvar el pequeño montículo.

El auto inglés también había tenido que aflojar la marcha y, desde su posición, Pierre observó cómo su conductora tuvo que sortear peligrosamente un autobús de línea.

El mismo autobús, medio minuto más tarde, fue un obstáculo insalvable para Pierre, que no podía rebasarlo sin meterse en la calzada contraria, donde los coches en dirección opuesta se sucedían sin descanso.

El auto manejado por la mujer había llegado ya al final de Las curvas y, en la recta de Paguera, ganaba terreno, sobrepasando la velocidad autorizada en el interior de los sectores habitados.

Pierre pasó dos minutos más tarde, a unos dos kilómetros de diferencia. Aceleró todo lo que pudo para no perder más distancia.

Ganó algo, a consecuencia de la carretera, que estaba en obras, y era obligado ir lento. Pero cuando el periodista estaba a escasa distancia de su perseguida, la mujer había conseguido salvar ya la zona de obras, y se lanzó nuevamente a velocidad de vértigo.

Uno de los encargados de la obra levantó una banderita roja, en señal de prohibición de paso. La carretera no daba más que para el ancho de un coche, y había que turnarse entre los que iban en una dirección y en otra.

Pierre sabía que cada segundo contaba, si quería alcanzar a la mujer, e hizo caso omiso del aviso, lanzándose hacia adelante.

Tuvo que meterse en un profundo bache para salvar al camión que, seguro de que tenía el paso libre, había echado a andar por la estrecha calzada.

El «Seat» de Pierre sufrió una brusca sacudida, pero salió del bache, y continuó, la loca carrera, mientras los peones de las obras le dirigían los naturales improperios.

—¡Luego dicen que pasan accidentes! ¿Cómo no van a pasar, si conducen como locos?

Para Pierre, dar con aquella mujer podía significar la clave del misterio. Si ella era la asesina, pagaría por lo que hizo a Aurora.

Marcel se mostraba circunspecto. No le importaba ni poco ni mucho aquella marcha peligrosa, que en cualquier momento podía degenerar en un accidente.

Y la carretera ascendía nuevamente en otra zona de curvas tan pronunciadas como las que habían dejado atrás.

Un indicador anunciaba la proximidad de Andraitx.

Las curvas habían ocultado el vehículo inglés, pero Pierre no aflojaba la marcha.

Al fin, las curvas volvieron a quedar atrás, y de nuevo se iniciaba la recta hacia la población anunciada en el indicador.

Un cruce señalaba el puerto, hacia la izquierda, pero el vehículo inglés continuaba en línea recta, perdiéndose ya por la calle que era la continuación de la carretera.

El calor de la tarde había dejado vacías las calles. Ambos coches parecían perseguirse en una ciudad abandonada.

Habían devorado más de diez kilómetros a una velocidad de competición, y todavía continuaban.

Ahora Andraitx quedaba atrás, y el coche inglés doblaba por la

solitaria carretera de la cornisa, en dirección al norte de la isla. Por aquel lado, las poblaciones eran muy escasas, y la carretera, más bien estrecha, casi no poseía diez metros seguidos de línea recta.

Bordeando moles rocosas imponentes, que formaban los altos acantilados, la ruta sigue ascendente, ocultando a menudo el mar para dejarlo entrever en una de las muchas y peligrosas curvas.

Tras las moles, aparecen vastos bosques que, de repente, quedan tapados por nuevas piedras.

Se atisban altos picos, como vigilantes de los acantilados, que se hunden en el mar.

Durante un par de minutos, la carretera bordea el precipicio, y luego se vuelve hacia el interior, en un continuo virar.

Chirriaban las ruedas de los dos coches. La conductora tampoco frenaba. Sabía lo que era llevar un volante en la mano. No se volvía atrás, no cedía. Pierre, con las mandíbulas prietas, pisaba a fondo constantemente, y dominaba a la perfección el volante.

Llevaban ya unos cuantos kilómetros. El paisaje variaba siempre a base de los mismos elementos, roca, pinos, mar. Luego, empezaban los bien cuidados bancales escalonados que arrancaban desde la carretera, y parecen acabar a los mismos pies del agua.

El auto inglés dejó la carretera principal para meterse por una vereda entre los bancales. Es un sendero polvoriento, de impresionante desnivel, que va en línea recta un buen trecho para doblar hacia la derecha, allí abajo.

Pierre dobló el volante y saltó por la misma vereda.

—¡Se ha detenido! El coche se ha detenido —exclamó Pierre, al ver el vehículo parado en la curva.

Una mujer salió corriendo. A Pierre le pareció ver que vestía un mini-*short* y una blusa transparente.

Momentos después, él dejó también el coche tras el otro, y se lanzó tras la fugitiva, que ahora había dejado el camino para meterse en otro sendero más estrecho.

Marcel salió del coche, pero no se movió.

Pierre dejó también el sendero, y ascendió unos peldaños, tratando de orientarse.

Los caminitos pequeños que se perdían entre los bancales, o bien hacia la maleza más próxima ya al mar, eran varios.

La suela del calzado que llevaba la fugitiva dejaba impresa sobre

el fino polvillo una marca inconfundible, y ello sirvió a Pierre para saber qué camino debía tomar.

Ella había elegido el que se dirigía hacia el mar.

Pierre saltó entre los desniveles.

Por fin, cuando llegó abajo, se encontró con una insignificante cala pedregosa.

Había un varadero, con una barca de pesca. Más allá, dos pequeñas edificaciones, construidas con piedra, típicamente mallorquinas.

En el mar, una lancha rápida describió una curva.

Una mujer iba en ella. Sola.

Pierre se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

Un hombre asomó entre los bancales más próximos a una de las pequeñas edificaciones, que lo mismo podían ser antiguas casas de pescadores, que refugios para guardar los aperos de labranza, con que los hortelanos cuidaban los bancales...

—¡Eh, amigo! —gritó Pierre.

El hombre con cara de campesino se aproximó.

—¿Quiere algo? —preguntó el aludido, con el tradicional espíritu servicial de la tierra.

—Esa mujer que se ha ido con la lancha... ¿La había visto antes por aquí?

—Sí, alguna vez...

—Esa lancha que se ha llevado... ¿A quién pertenece...?

—Un extranjero... americano creo que era. Me pidió si se la podía guardar en el varadero. Le dije que sí... Yo sólo tengo esa barca vieja, y apenas salgo a pescar... Ahora no es como antes... Hace años que la pesca flojea, ¿sabe...?

—Sí, sí, buen hombre. Pero dígame... La mujer ésa es Laura Morey. ¿Verdad?

—¡Ah! Eso no lo sé... Únicamente sé que es amiga del propietario de la lancha. Vinieron los dos, la otra vez... Ahora se ve que tenía prisa en dar un paseo. Hoy hace buena mar. Se puede ir lejos...

—Hasta Palma, sin duda.

—Con una lancha así, ¡ya lo creo! Ésa parece que vuela, pero yo prefiero las barcas como ésta, aunque ya está vieja. La compré

hace...

—Sí, sí... —A Pierre no le interesaban las divagaciones del campesino-pescador—. Bien, gracias. ¡Ah! ¿Por aquí no habrá algún lugar para alquilar una lancha rápida como ésa, eh?

—¡Qué va! Como no vaya al pueblo vecino. Pero allí todas las embarcaciones son de particulares, y no creo que haya ninguna tan rápida como la que ha visto usted.

Pierre regresó al coche y, al llegar junto a Marcel, murmuró:

—Se me ha escapado, pero sin duda se trata de Lorena Perrier. Trató de atropellarme con ese coche que..., sin duda, lo ha robado.

—Y miró el vehículo inglés.

—Era ella... Sé que, donde estuvimos antes, se aproximó al coche. Sabe que soy ciego y que no puedo verla. Quizá por eso no me atacó... O puede que al aparecer tú, la ahuyentaras...

—¿Y por qué quiere matarme a mí?

—Porque tú puedes avisar a la policía. Denunciarla. Sabe que yo no lo haré. Ahora lo sabe, pero ignora si tú lo harás o no. Quitándote de en medio, se libra de un peligro.

—Todo esto no ha servido de nada... El americano mintió. Ella estaba allí. Seguro que preparaban la huida. Había un cadáver en la casa...

—¡Pierre! ¿Cómo es ese lugar donde estamos?

—Solitario... Hay huerta en derredor, y bosque. Hay un desnivel muy pronunciado, desde la carretera.

—¿Y es grande la playa?

—No hay playa. Unos cuartos pedruscos y un varadero, construido al abrigo de una roca que tiene forma hueca.

—Contrabando, Pierre.

—¿Contrabando?

—Sí... Cosas pequeñas... Verás, para el contrabando, al revés de lo que creen muchos, se necesitan playas de cierta importancia, con medios de comunicación fáciles para poder transportar rápidamente la mercancía... La playa necesita hondo suficiente para que una motonave pueda recalar... Pero ahora esa clase de contrabando apenas existe... Mucho volumen por muy poco beneficio y demasiado riesgo... Ahora existen cosas que no abultan, y que son infinitamente mejor pagadas. El riesgo también es más grande, si le pillan a uno, pero éstos piensan que no hay buenos negocios sin

riesgo...

—¿Estupefacientes?

—De cualquier clase. Cada día hay más... Marihuana, heroína, grifa, tal vez. Vete a saber, pero para esto no se necesita disponer de ningún camión... Ese muerto al que has aludido, y esa lancha aquí, me dan la razón; pero esto no es de nuestra incumbencia. Seguro que las autoridades habrán bloqueado ya las salidas, si han descubierto ese cadáver.

—Dije a la encargada de los *bungalows* que avisara —repuso Pierre.

—Bien. Ahora no tenemos más remedio que estar a la expectativa... No me gustaría que ella fuera detenida por eso. No...

Y de nuevo, en Marcel brilló aquella ansia vengativa.

CAPÍTULO X

El periódico vespertino de Palma de Mallorca, en la última página, daba la noticia de última hora:

«HALLAZGO DEL CADÁVER DE UN SÚBDITO
EXTRANJERO EN UN *BUNGALOW* DE SANTA PONS,
PROPIEDAD DE UN AMERICANO»

A continuación, la noticia seguía:

«Andrew Jefferson, que desde hace algún tiempo residía en la isla, se cree puede tener algo que ver con ese crimen. Según datos no confirmados, Jefferson y la víctima traficaban con drogas. Se sabe también que Jefferson vivía con una mujer de nacionalidad francesa, pero de momento se ignora quién es y también su paradero...»

Pierre, que había leído en voz alta, soltó el periódico. Marcel comentó:

—Es lo que me figuraba. Seguro que no darán con ellos.

—Habría que advertir a la policía. No saben nada de Lorena.

—No, Pierre. Ella conseguiría salir bien librada... Es astuta.

—Pero tendría que explicar lo ocurrido en Valencia.

—Nadie vio nada allí, Pierre, y además... ¿Qué motivos podrían esgrimir los acusadores?

—Tú...

—Yo no diré nada... Te lo vuelvo a repetir, Lorena es cosa mía.

—Marcel, esto no está bien. No lo está.

—Mírame bien a mí, Pierre. Mírame bien... ¿Encuentras mejor que yo sea ciego?

—Claro que no...

—¿Sabes lo que ocurriría, si yo la acusara ante la policía...?

—Sí. Sería juzgada.

—¿Y cómo puedo probar que es Lorena? Soy ciego. Mi testimonio sería puesto en tela de juicio... Ella, oficialmente, ha cambiado de nombre. No sé cómo diablos se las ha arreglado, pero seguro que podrá demostrar que se llama Laura Morey...

—Pero antes..., debió conocer a otras personas, amigos que la trataron...

—¿Me viste tú alguna vez con ella, Pierre?

—No, desde luego.

—Ni tú, ni nadie, Pierre. Salimos siempre solos. Ella también vivía sola... Salió huyendo de la miseria, en Marsella. Eso fue lo que me contó, cuando nos conocimos en el tren...

—Pero en París, en las tiendas donde compraba, debían conocerla con su verdadero nombre, y más de una vez os debieron ver juntos...

—Pocas veces pudieron habernos visto Pierre... Muy pocas. ¡Estúpido de mí! Ni siquiera fui una sola vez a la residencia... ¡Para no comprometer su reputación! Yo la quería. La quería tanto como tú pudieras amar a Aurora... Jamás, por ninguna mujer, había hecho tanto el imbécil...

—Comprendo... Si la encausaran, tendrían que desfilar una serie de testigos...

—¿Y qué probarían, si es que llegara a establecerse? Que yo salía con ella... Pero de su intervención en la banda de asesinos, ¿qué? Es inútil... Ella teme verse envuelta... Le horroriza comparecer ante un juicio..., que la condenen a la cárcel... Pero la condena sería breve...

—Sí se probara que mató a Aurora...

—Repito que eso es imposible. Ahora te hablo como profesional. Olvídalo, Pierre. No es ése el camino.

—Marcel —murmuró el periodista, tras unos segundos de silencio—. Sí la encuentras... ¿Piensas... matarla...?

El expolicía guardó silencio.

—Marcel. Fuiste al hotel aquella noche para... matarla.

Nuevo silencio de su interlocutor, que tenía su inútil mirada perdida en las tranquilas aguas de la bahía, desde la terraza del hotel, en el Paseo Marítimo.

—¡Marcel! Tú no puedes cometer un asesinato... No puedes... Continuó el silencio.

—Si la hubieses matado, Marcel, te habrían detenido... El botones te reconoció. ¿Recuerdas?

—Si la hubiese matado, como tú dices. Pierre..., te aseguro que no me importaría en absoluto que me hubiesen reconocido... En absoluto, porque yo mismo me habría entregado. Pero el caso es..., que no lo hice.

Esta vez el silencio se prolongó algo más. Luego, el periodista pagó la consumición que había realizado en compañía de su amigo.

—Voy a procurar enterarme de algo. ¿Quieres que te acompañe a la habitación?

Habían alquilado una habitación doble para el tiempo que duraran sus gestiones en la isla.

El ciego negó:

—Ha sido un día agitado y muy caluroso. Déjame tomar el fresco... ¡Y por favor! No hables de ella a la policía, ¿eh? Hazlo por mí.

El periodista le miró largamente. Tanto fue el silencio, que el invidente tuvo que preguntar:

—¿Estás ahí, Pierre?

—Hasta luego, Marcel —fue la escueta respuesta de su amigo.

Pierre se había identificado.

—Periodista... He leído esa noticia... Me interesa conocer datos de esa chica. Es compatriota mía. Eso puede interesar a los lectores de mi país.

—Un momento —dijo uno de los oficiales de la policía.

Poco después, era informado.

—Puede decir que se llama Laura Morey. Lo hemos sabido, hace poco. Llegó hace pocos días, procedente de Valencia, con Jefferson. Esto es todo...

—¿Se sabe el domicilio habitual de esa chica?

—No. No se sabe nada más.

—Bien, gracias de todos modos —repaso cortésmente el periodista.

Al ir a salir, casi tropieza con Chantal.

—¡Hola! —saludó ella con su acento insinuante.

Iba más vestida que por la tarde, es decir, se había puesto una

exigua falda sobre el bikini, y una blusa color carne.

Rápidamente, y en francés, Pierre, murmuró:

—Me gustaría tomar unas copas contigo..., donde tú quieras.

—Un momento. Tengo que dar unos datos a la policía.

—Bueno..., tampoco es necesario que me menciones, Chantal... Tengo que irme a París, y mi presencia allí...

—Comprendo perfectamente... —sonrió ella, guiñándole un ojo.

Se habían sentado en el interior de un bar de la calle Jaime Tercero. El aire acondicionado del interior le resultaba más grato que la temperatura ambiente de la calle.

Chantal murmuró:

—No me gusta dar informes sobre los clientes de los *bungalows*... Pero en este caso es distinto. Si hay drogas por medio, es mejor no ocultar nada...

—Pero a mi no me has nombrado...

—Usted no pudo tener nada que ver con el asesinato de aquel hombre. Estuvo poco tiempo, y no se ocultó al salir... En cambio, ellos, sí. Los dos. Se marcharon, procurando que yo no les viera...

—Puede que yo sea un asesino más listo, y haya procurado granjearme tu amistad para alejar toda sospecha —sonrió Pierre.

Ella le guiñó un ojo.

—No soy una tonta, Pierre... Además, antes de que llegara, escuché un disparo. Me lo pareció..., y el señor Jefferson no lo negó. Dijo que se le había disparado el revólver, mientras lo estaba limpiando... Pero el «otro», el que había entrado un poco antes en la casa, ya no salió más. ¿Comprende? Lo que yo no sabía era lo de las drogas, pero todo puede ser...

—¿Y por qué has ido ahora a la policía?

—Porque me preguntaron si podía darles algún dato sobre ella... Recordé, de pronto, que había recibido una carta, procedente de Alemania.

—¿De Alemania?

—Sí. Me fijé porque el día que se recibió fue la única, y me extrañó porque excepto unos propietarios ingleses, los otros que están vendidos pertenecen a alemanes, y a Jefferson, claro. Por eso creí que la carta era para uno de los alemanes, y entonces volví a leer el nombre: Laura Moray.

—Alemania... —repitió el periodista.

—Es lo que he ido a comunicar a la policía. Gütersloh...

—¿Qué es eso?

—El nombre del sitio de dónde venía la carta. Eso lo sé porque ella contestó, y me dejé el sobre allí para que lo entregara a la furgoneta de Correos cuando pasara a recoger. Pero dejemos ya de hablar de esa mujer... A menos, que tenga un especial interés por ella.

—Es... puramente periodístico. Trabajo para un periódico, ¿sabes? —Y consultó el reloj un tanto nervioso.

—¿Te aburre mi compañía? —murmuró ella.

—¡Oh, no! Es que dejé a un amigo sólo en el hotel. Es ciego...

—¿Es el que iba contigo en el coche, esta tarde? —preguntó ella.

—¿Te fijas en todo, eh?

—Bueno... Sólo en lo que me interesa. Y entonces me interesaba saber si ibas solo o... acompañado.

—Chantal... Hablando de esta tarde. Te pregunté si el americano vivía con una mujer, y tú me dijiste que no lo sabías...

Pierre la apuntó con el dedo índice como si la amenazara, aunque sin el menor signo de dureza en su rostro. Se mostraba simplemente expectante.

Ella amplió su sempiterna sonrisa.

—Una de las primeras normas de la empresa es no dar información de la vida privada de nuestros clientes... ¿Satisface esto tu curiosidad?

—Un poco...

—Bueno... Ya veo que seria inútil prolongar nuestra charla. Tú estás ansioso de irte. No has cesado, ni un momento, de mirar el reloj.

—Perdona. Tal vez más adelante...

—Si después te aburres... Me hospedo en los apartamentos Nuevo-Horizonte. Están en Porto-Pi. Un lugar tranquilo y pacífico... Donde están los apartamentos, claro.

La miró largamente. Era hermosa, desde luego.

Sonrió:

—Gracias, Chantal. Es posible que volvamos a vernos, pero si no pudiera ser..., me alegra haberte conocido.

Salió del local, agitando una mano. Ella le guiñó el ojo, y luego,

al quedar sola en el bar, su expresión, varió por completo. Abrió su pequeño bolso y extrajo unas monedas. Se dirigió hacia el teléfono público, y marcó un número de teléfono.

Pierre y Marcel terminaron de cenar en el comedor del hotel.

—¿Sabe algo esa chica de los *bungalows*? —inquirió el ciego.

Pierre casi nunca se extrañaba por nada, pero aquella aseveración de su amigo le hizo arquear las cejas y soltar:

—Explícame el truco... ¿Cómo sabes que he estado con Chantal?

—Desconocía el nombre, Pierre, pero sabía que la chica era aquélla...

—Suéltalo. Anda.

—Desodorante.

—¿Eh?

—Hueles a desodorante femenino... ¡Oh, no! No te preocupes, es apenas perceptible. A buen seguro, ella te habrá dado la mano. Luego, un ligero roce... El olor siempre queda un poco impregnado.

—Sí. Estuve con ella —repuso el periodista.

—Antes... en los *bungalows*, olí ese olor. Yo había bajado del auto para estirar las piernas, y noté la presencia de alguien que olía de ese modo... Le pregunté quién era, y me dijo, simplemente, que era la encargada. A su vez me preguntó si yo era amigo tuyo, y le dije que sí. Eso fue todo, y posiblemente no hubiese vuelto a recordar ese olor, que percibí entonces, si tú no lo llevaras ahora. ¿Satisfecho?

—Del todo.

—¿Que te ha dicho ella?

—Tiene amigos en Alemania. Una ciudad llamada Gütersloh. ¿Sabías algo?

El ciego negó con la cabeza:

—Cada vez descubro cosas nuevas... Y ahora es cuando compruebo... lo poco que sabía de ella...

CAPÍTULO XI

Pierre, una vez más, tuvo dificultades en poder conciliar el sueño, aquella noche.

Y como en las noches anteriores, trataba de poner en orden sus ideas, de recomponer los hechos, de pensar en los detalles aparentemente más insignificantes.

Y aún con los ojos abiertos, revivía la última vez que vio a Aurora con vida.

Había entrado, en la habitación de la muchacha, la 815, del hotel Avenida de Valencia. La había besado.

Mientras la retenía abrazada, sus ojos «veían», sin darse cuenta, las cosas de la habitación, los pequeños detalles, los objetos de Aurora.

«—Buenas noches, mi amor... —le susurró ella—. Te lo ruego, déjame ahora. Estoy muy cansada».

El nuevo beso.

«—Duerme tranquila. Te despertaré con el tiempo suficiente».

Ella quedó en el centro de la estancia. El se volvió, al abrir la puerta. Fue la última vez que la vio.

Cruzó las siguientes puertas hasta llegar a la suya. 815, 816, 817, 818 y por fin, la 819. Era igual que las demás de aquella ala del hotel.

Recordaba que tenía calor, y se tomó una ducha. Luego, se metió en la cama, con sólo el pantalón del pijama y el torso desnudo. Y quedó dormido... Ningún ruido le despertó, nada... Y a la mañana siguiente, cuando advirtió a la telefonista que le pusiera comunicación con Aurora, tuvo que esperar para que le advirtieran:

«—Lo siento, señor. La señorita del 815, no contesta».

Y él, personalmente, había ido a la habitación. La puerta no estaba cerrada con llave, la abrió y...

¡Jamás olvidaría aquel horrendo espectáculo!

Un rostro teñido de sangre, igual que las sábanas y la alfombra...

No. Eso sí que no quería recordarlo. Acaso sólo servía para encorajinarlo, para desear tener el asesino ante sus ojos y...

Continuó repasando detalles, tratando de recordar cosas...

De nuevo el nombre de Laura Morey, y unas palabras captadas al azar... De la propia Aurora y de Marcel, según creía recordar... Palabras que hacían referencia al número de habitación de Laura Morey, 915, es decir, encima mismo del cuarto de Aurora.

Recordaba las habitaciones, techos relativamente bajos... Luego, las terrazas y las mamparas que las separaban, el enrejado de las barandillas...

No resultaba sumamente difícil colgarse de una terraza para caer al piso de debajo y luego, volver a subir... Claro que...

«El asesino —se dijo a sí mismo, Pierre—, no fue visto por nadie... Ni el portero ni el conserje. Lo cual constituía, en parte, una prueba de que no había venido de la calle, y que estaba, por tanto, oculto en el hotel. Pero...»

Había punto oscuro en todo eso, un punto que Pierre necesitaba aclarar. Por eso llamó por teléfono al conserje nocturno.

—Necesito un pasaje para el primer avión que salga mañana con destino a Valencia. —Y recalcó—. Uno solo.

—Lo siento, señor —dijo el conserje de día—. Los vuelos están completos hasta la tarde.

—Si no hay más remedio, esperaré —repuso el periodista. Luego, avanzó hasta su amigo, que estaba desayunando en la terraza.

—¿Has decidido algo? —preguntó Marcel.

—Todavía no... De todos modos, quiero ir a Valencia. Será solo... un viaje de ida y vuelta.

—¿A Valencia?

—Sí. Quiero comprobar..., unos pequeños detalles. Puede que... En fin, ya te comunicaré lo que averigüe.

—¿Y lo de Alemania?

—Después, Marcel. Habrá tiempo para todo —repuso Pierre, con aire apesadumbrado, como si un peso le oprimiera terriblemente. Un peso moral.

—Bueno... Acompáñame a dar un paseo, si no tienes qué hacer.

Me gustaría tomarme un baño.

—Esas playas de los alrededores están muy llenas. Vas a tropezar con todo el mundo.

—Sí, claro...

Pierre comprendió que había dicho una inconveniencia.

—Bueno, encontraremos algún lugar más tranquilo.

—No, déjalo. También me gusta tomar el sol... Debo estar muy bronceado, ¿verdad?

—Bastante, Marcel —repuso Pierre.

Y Marcel se alejó, acompañado de su bastón, con el que tanteaba el terreno.

Pierre tomó un avión de la tarde, con destino a Valencia. Marcel se quedó en Mallorca.

CAPÍTULO XII

—¡Jacqueline! —exclamó Pierre, al ver a la secretaria de su amigo en el aeropuerto valenciano.

—Le estaba esperando —murmuró ella seriamente.

—¿A mí?

—Marcel me dijo que iba a venir.

—Pero yo no le pedí... —empezó el periodista.

—Lo sé... He sido yo. Marcel tampoco me pidió que viniera a esperarle.

Se miraron largamente.

—Es como si... como si Marcel deseara esa entrevista. ¿No es lo que piensa? —preguntó Pierre.

—Tal vez.

—¿Sabe usted algo, Jacquie? —inquirió Pierre.

Ella negó con la cabeza. Luego, instintivamente, preguntó:

—¿Por qué ha venido?

—Necesitaba comprobar algunas cosas. Estoy convencido de que todo el misterio se halla aquí. En el hotel, concretamente.

—Usted también se ha dado cuenta, ¿eh? —musitó ella.

Caminaban hacia la salida. Ella tenía el automóvil fuera. Con un ademán, le invitó a subir.

—¿Quiere conducir usted? —le preguntó la mujer.

—Sí, lo prefiere.

Pierre empuñó el volante, y salió del aparcamiento contiguo al aeropuerto de Manises.

Condujo un buen trecho en silencio, aproximándose al centro de la capital levantina.

Todavía el sol lanzaba sus cálidos rayos contra el pavimento. Su color amarillo naranja, indicaba la avanzada hora de la tarde.

—¿Va al hotel? —preguntó la mujer.

El asintió.

No había nombrado a «qué hotel», pero quiso indicar si iba al que se cometió el crimen, y Pierre así lo comprendió.

—¿Quiere cenar conmigo? —preguntó el periodista.

—La verdad es que no tengo mucho apetito.

—Un par de bocadillos —repuso el.

Se detuvieron en un *snack*, muy cerca de la plaza de Toros, al lado de la Estación terminal del tren.

Tomaron un plato combinado con notable desgana, luego café, y Pierre pidió un coñac.

—Quiero ir con usted —dijo ella, de pronto, rompiendo un largo silencio.

—De acuerdo Jacquie.

Pagó la cuenta, y ambos volvieron al coche, que nuevamente condujo él, metiéndose por la calle Colón hasta detenerse en el hotel.

Entró solo y pidió:

—Quiero una habitación para esta noche. Cualquiera.

Le reconocieron en seguida. Había conseguido hacerse popular, por lo ocurrido días pasados.

Un empleado recordó la conversación telefónica, y se disculpó:

—Lo siento, señor... Cuando llamó, no pudimos...

—Olvide eso. No tiene importancia —cortó Pierre.

Tomó la llave de la habitación, tras firmar la ficha de entrada. Dio el breve maletín a un botones, y le entregó también la llave.

—Subiré después. Deja esto en la habitación. —Y le dio una moneda de cincuenta pesetas como propina, que el botones agradeció, y saludó con una sonrisa.

Pierre regresó al coche, donde Jacquie aguardaba. Sin decir palabra, arrancó nuevamente, y dio la vuelta a la primera esquina a marcha lenta. Se paró ante dos grandes puertas metálicas. Una estaba a medio abrir. Era la entrada del aparcamiento del hotel, y servía, además, como puerta de servicio.

Entró con el auto. Había un empleado, que le saludó maquinalmente.

Había sitio de sobra para aparcar. Pierre iba mirando de un lado a otro, hasta elegir el lugar que más le convenía.

Se había fijado en la entrada de servicio. La que utilizaban el personal de la cocina, los encargados de llevar las provisiones, los

basureros...

—Quédese aquí. Volveré en seguida —dijo Pierre a Jacqueline.

Salió del coche y, tras observar que el portero no se fijaba en él, se metió por la puerta que comunicaba con un pasadizo que olía a cocina, a desperdicios, a ese olor impreciso y poco agradable que, por otra parte, es consubstancial en los departamentos de servicios de los grandes hoteles.

Allí no llega el aroma perfumado artificial; todos los olores tienen que ver con la vida misma.

Recorrió un corredor mugriento, y se detuvo en una especie de sala, que distribuía las diferentes dependencias.

Avanzó hacia el enrejado que protegía el montacargas.

Escuchó voces. Procedían de la cocina. Se hablaba de platos, de peticiones para el restaurante. Sonaba, intermitentemente, el pequeño montaplatos que subía la comida hasta el comedor o bajaba los platos sucios.

Escuchó el abrir y cerrarse de una puerta de batientes dobles.

Un pinche hablaba de su «plan» del domingo.

Una voz decía:

—Vamos, de prisa.

Pierre se metió en el montacargas, y buscó los botones que lo hacían funcionar.

Pulsó el que correspondía a la octava planta.

El montacargas, más lento que los ascensores de los clientes, produjo el ruido característico, y se elevó lentamente.

Un largo trecho de pared anunció que pasaba de largo la planta baja del hotel. Luego, llegó hasta el principal, donde estaba situada la planta noble, con los distintos comedores.

El ascensor subió, piso por piso, hasta llegar al octavo.

Pierre descendió, y trató de orientarse. No le costó absolutamente nada llegar hasta el corredor y andar hasta la habitación 815, allí donde había sido asesinada su novia.

Se detuvo en la puerta, y estuvo observando el corredor, hasta la puerta de los ascensores principales.

Una puerta del otro lado del pasillo se abrió, y Pierre volvió de espaldas, como si siguiera su camino hacia otra habitación.

La pareja que había salido de la habitación fue hablando hacia los ascensores. Pierre se metió en la antesala del montacargas, y

observó.

Algo bullía en su mente. Era una idea inconcreta todavía.

Mientras había estado estudiando el corredor, el montacargas fue llamado desde abajo, y ahora volvía a subir.

Aguardó y comprobó que se dirigía justamente al octavo piso. Buscó un lugar para esconderse, ya que prefería que nadie pudiera verle allí.

No se extrañó demasiado cuando vio a Jacqueline, salir del montacargas.

Salió del recodo que le protegía. Ella se volvió, y le miró en silencio.

—Bueno, Jacquie... ¿Qué es lo que usted sabe? Dígalo ya... Es un presentimiento, y es inútil engañarnos.

—Sé lo mismo que usted murmuró ella.

—Que el asesino entró por aquí. Por eso nadie lo vio. No se me ocurrió antes, pero en la mayoría de hoteles hay una entrada trasera..., Recuerdo que, cuando me instalé aquí, con Aurora, me indicaron que el garaje estaba en la calle de atrás. Uno puede entrar y salir con cierta facilidad.

—Sí. Es verdad —admitió Jacqueline.

El la tomó por los hombros, y la zarandeó ligeramente.

—Míreme, Jacquie... ¿Quién mató a Aurora? ¡Conteste! ¿Quién la mató?

—¡Dios mío! —exclamó ella, tratando de volver la mirada para no encontrarse con la del periodista.

—¡Jacquie! En Palma, recordé algo que Aurora me dijo, aquella noche.

—¿Eh?

—Fue algo referente a usted, Jacquie... Algo que...

—¿Qué fue lo que le dijo? —inquirió ella, con el pavor reflejado en su semblante.

Y ambos quedaron mirándose largamente...

CAPÍTULO XIII

Bajaban en silencio por el montacargas.

—¿Dónde quiere ir? —preguntó ella.

—Al bar. Tenemos que hablar —respondió él, escuetamente.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó ella.

—Porque el montacargas arranca de algo más abajo de la planta baja. No tiene salida en el bar.

Pierre la cogió del brazo. Ella continuaba con su expresión asustada.

Luego, se sentaron frente a frente ante una mesa del bar. Estaba casi vacío porque la mayoría de los clientes se hallaban aún en el comedor.

—¿Qué fue lo que Aurora le dijo de mí? —preguntó Jacqueline, rompiendo el silencio.

—Que estaba enamorada de Marcel. Muy enamorada...

—Eso es verdad —admitió ella.

—¿No lo va comprendiendo todavía?

—¿El qué?

—Jacquie... ¿Qué ocurrió cuando nosotros le dejamos, aquella noche?

—¡Dios mío! —Ella ocultó el rostro entre las manos.

—¡Vamos, Jacquie! Usted lo sabe...

—No...

—Usted lo sabe... Tiene la verdad que entre los dos se nos escapa... tal vea porque nos negamos a admitirla...

—Lo sabía... Sabía que usted acabaría sospechando...

—Hable, Jacquie. Se lo ruego. Hable. Es mejor para todos.

Se hizo un profundo silencio. Ella, con una gran presencia de ánimo, pareció serenarse totalmente.

—Marcel se fue solo... Estuvo toda la noche fuera.

—Ya... Siga...

—Desde que..., que es ciego, siempre le ha gustado andar sin ayudas, desplazarse a distancia... Esto no es extraño en él.

Hizo una larga pausa, que Pierre respetó.

Jacqueline continuó:

—Regresó con el primer coche de línea.

—¿Le dijo dónde había pasado la noche?

Jacqueline negó con la cabeza.

El insinuó:

—Es horrible, pero..., la verdad sólo puede ser una...

—¡No! —exclamó ella, tratando de convencerse a sí misma.

—Fue él, Jacquie... Tuvo que ser él.

—El no puede subir...

—Sí, puede... Puede subir con un montacargas.

—Pero le habrían visto.

—Ese detalle no le importaba en absoluto. El mismo lo dijo. Laura Morey es la mujer que le traicionó, la odia. Un odio difícil de describir... Es ciego por su traición, pero, por encima de su invidencia, está la traición. Algo que jamás perdonó... Si la hubiese matado, ya no le importaba en absoluto ocultarse... Lo tiene metido en la cabeza.

—Pero... ¿Cómo...? ¿Cómo pudo matar a Aurora?

—Se confundió.

—No...

—Sí... El sabe reconocer un perfume, un aroma determinado, que a menudo nos pasa inadvertido porque los que vemos lo fiamos todo a los propios ojos. El, no... Y del mismo modo que los ojos pueden traicionarnos, también nos pueden confundir un olor.

—Pero Aurora no usaba el mismo perfume que...

—No... No, era el perfume... El desodorante... Esos desodorantes perfumados. Usted también los usa, ¿verdad? Los aromas son distintos, pero Aurora y Laura debían usar el mismo.

—Pero Laura vivía en el piso noveno...

—De acuerdo... ¿Cómo hace un ciego para pulsar el botón del piso donde va?

—Pues... Contando los botones.

—Claro. El primero, normalmente, suele ser el de planta baja.

—Sí.

Pero en el montacargas la planta está más abajo... Hay una ligera pendiente, y luego existe el desnivel de la calle. Es poca cosa, pero suficiente para que en la planta baja real del edificio no haya ninguna parada. Marcel no tuvo en cuenta ese detalle. Contó los botones y pulsó el nueve, pero, en realidad, para el montacargas es el ocho.

—¿Eh?

—Sí, sí... Puede comprobarlo. Me he dado cuenta perfectamente. Marcel debía haber comprobado lo del montacargas, cuando fue la primera vez.

—No, no...

—¡Vamos! —cortó el periodista.

Regresaron al garaje como si fueran a coger el coche. El portero ni siquiera estaba en la puerta.

Se metieron otra vez hacia el interior, y, de nuevo dentro del montacargas, Pierre demostró prácticamente a Jacqueline lo que quería decir.

—Fíjese. El botón de la primera planta existe, pero no sirve. Porque no hay salida. Si usted cuenta con los ojos cerrados, el número nueve será indefectiblemente el ocho. Y es el que pulsó Marcel... La habitación de Aurora estaba en el mismo lugar que la de Laura, sólo que un piso más abajo. No debió tener ninguna dificultad en abrir la puerta... Al penetrar en la habitación, debió percibir claramente el olor del desodorante perfumado. La mayoría de las mujeres suelen ponérselo al ir a la cama... Ciego, y ofuscado, sólo trató de llegar hasta ella. Es evidente que Aurora dormía. No pudo hablar, no tuvo tiempo ni de despertar siquiera, y Marcel la mató, creyendo que mataba a Laura.

—¡Dios mío!

—Fue un crimen por error, Jacquie... Y él sabe que llegará a descubrirlo... Pero calla, porque su obsesión es atrapar a Laura Morey.

Se hizo un profundo silencio, que el fin cortó Jacqueline para admitir pausadamente.

—Estuvo aquí. Lo sé porque le seguí... Estuvo en el hotel. Quizá debí impedírselo, pero no tuve valor suficiente. Yo sabía lo que él había sentido por esa Laura. Lo sabía. No quería interponerme...

—¿Le vio entrar?

—Sí.

—Por el garaje.

—Sí...

—¡Jacquie!

—No podía decir nada, Pierre. Compréndalo. No podía decirlo..., aunque me aterrara la idea.

—Sí. La comprendo —repuso él, al cabo de otro silencio.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Regresar a Mallorca.

—¿Hablará con la policía?

—Primero quiero hablar con él.

—Lo sabe. Estoy seguro de que presiente que usted ha averiguado la verdad.

—Y por eso la llamó a usted.

—Es posible. Tuve ese presentimiento, así que supe que usted iba a regresar —contestó ella.

—Vuelva a casa, Jacquie.

—¿A qué casa?

—¿Tiene familia en Francia?

—No.

—Vaya a recoger lo suyo en Benidorm. Pase lo que pase, usted no aparecerá en los informes de esto.

—¡Quiero ir con él! —protestó la mujer.

—No, Jacquie. Ahora, no.

—¿Qué será de Marcel?

—No piense más en él. Además de ciego es... un enfermo. Créame. Recoja sus cosas.

Salieron del montacargas. El la acompañó hasta el coche.

—¿Quiere que la lleve? —preguntó el periodista.

—No —contestó ella, con presencia de ánimo.

—Son unos cuantos kilómetros. Y es de noche.

—No importa. Estoy acostumbrada.

—Está bien. Buena suerte —contestó Pierre, y agitó la mano cuando ella puso en marcha el coche.

El, lentamente, volvió al hotel, y pidió un pasaje para el primer vuelo del día siguiente con destino a Palma de Mallorca.

CAPÍTULO XIV

—Su compañero no está —fue la primera noticia que recibió, de vuelta al hotel palmesano.

—¿Dónde ha ido?

—No ha dado ningunas señas.

—¡Es ciego! El no conoce esto... Alguien ha debido de acompañarle.

—Pidió un taxi para el aeropuerto. Eso es todo lo que sabemos, señor —repuso el empleado. Y a continuación, le dio otro recado—. Se trata de una señorita. Se llama Chantal... Dejó una nota para usted.

Le entregó la nota. Chantal había llamado, y pedía a Pierre que fuera a verla con urgencia.

Sin subir siquiera a la habitación, Pierre salió a la calle y tomó el auto de alquiler, que todavía no había devuelto.

Se dirigió directamente a Santa Ponsa.

Era la hora en que los amantes de la playa se dirigían a tomar el baño matutino y a tostarse al sol.

Los autobuses con dirección a las playas iban atestados, y abundantes coches trataban de adelantarse unos a otros.

Las ruedas chirriaban constantemente en las pronunciadas curvas de la ancha carretera de Andraitx.

Pierre dejó atrás el Paseo Marítimo y continuó a toda la velocidad que el tráfico le permitía.

Al dejar atrás el cruce de Illetas, el tránsito le permitió un ritmo más acelerado.

De los chalets adyacentes a la carretera surgían muchachas en bikini y con la toalla al hombro, hombres tostados, que gustaban de que el sol quemase su piel.

Allá a lo lejos brillaba el Mediterráneo, y se adivinaba la multitud de las playas.

Por fin, Santa Ponsa de nuevo, y la zona de *bungalows*.

Chantal estaba atendiendo a unos clientes, que despachó en seguida al ver aparecer a Pierre.

—¡Hola, paisano! —saludó con una sonrisa.

—¿Querías verme, eh? —inquirió.

—Me dijeron que te habías ido a no sé dónde...

—Ya he vuelto... ¿Sabes algo de mi amigo? El invidente...

—Estuvo a verme... Me hizo algunas preguntas, con respecto a esa chica... La amiga del americano. Luego supe, por una compañera que trabaja en la oficina de Lufthansa, en el aeropuerto, que tu amigo había tomado pasaje para Frankfurt.

—¿Eh?

—Fue casual. Me habló de un ciego, muy decidido. Dio su nombre y, como me habías hablado de él, en seguida supe quién era. Preguntó por ti, y me dijeron que no estabas. Todo esto me extrañó un poco...

—Comprendo —murmuró Pierre—. El se ha ido a Alemania. La está buscando.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿A quién busca?

—A una mujer.

—¡Qué pasión más fuerte! —exclamó Chantal, con una sonrisa más bien burlona.

—Más fuerte de lo que crees.

—Bueno... ¿Y tú vas a quedarte aquí por muchos días?

—No, Chantal...

—¿Eh?

—Lo siento. Tu información ha sido muy valiosa. Adiós.

—¿Es que te vas?

—Sí. Y dame esas señas que iban en el sobre dirigido a la amiga del americano.

—¿A Alemania? ¡Pero si los alemanes tienen aquí! ¿Qué diablos vas a hacer a...?

De todos modos, le dio las señas.

—¡Adiós! ¡Gracias, Chantal!

—¡Si lo sé, no te lo digo! —espetó la francesita, con un mohín de contrariedad.

Los turborreactores rugieron. El aparato despegó del aeropuerto

de San Juan y, minutos después, la isla entera de Mallorca, desde el aire, parecía igual a un mapa en relieve, un punto en la inmensidad del mar.

El avión se dirigía a Frankfurt.

Llegó dos horas después, y Pierre tardó más tiempo en el coche que le llevó del aeropuerto al centro de la ciudad alemana que lo que había necesitado para llegar desde Mallorca.

En la gran estación principal de Frankfurt se enteró de que el expreso de Westfalia había salido ya.

—Puede optar para tomar el de mañana a las siete o un semidirecto. Sale dentro de cinco minutos, y llega a las 11,30 a Gütersloh —le indicó el empleado de la ventanilla.

Pierre tenía la sensación de que todo era cuestión de minutos.

—Gracias. Alquilaré un coche.

En la misma estación cambió moneda, tras orientarse entre la enorme cantidad de tiendas que convierten el recinto en unos auténticos grandes almacenes.

Con marcos alemanes en el bolsillo, y el uso de su escaso alemán, consiguió las señas más próximas de una casa de alquiler de coches.

Tuvo que cruzar la gran plaza y adentrarse por la popular calle del Kaiser. Luego, dos esquinas más arriba, en Wesserstrasse, encontró la oficina.

Alquiló un «B.M.W» casi nuevo, y pidió unos mapas, además de información verbal.

En Alemania, para desplazarse con rapidez de una a otra ciudad, todo consiste en tomar la autopista adecuada. Luego, todo es fácil. Los ciento ochenta kilómetros por hora pueden alcanzarse, sin necesidad de tener que aminorar la marcha en absoluto.

Un promedio de ciento cincuenta, ciento sesenta es muy normal.

Con la luz diurna, más breve en Alemania al llegar la tarde, para un observador con ganas de disfrutar del paisaje, la sensación es la de cruzar un inmenso prado sin fin, que de cuando en cuando ve desfilar las típicas construcciones germanas, parecidas, a distancia, en todos los pueblos, que dan la sensación de decorar el verde paisaje.

Campos inmensos bordeando siempre la autopista; pequeños o grandes ríos, canales y nuevamente las casitas distanciadas y los

nombres de los pueblos, que cruzan, raudos, a la derecha de la carretera.

Trescientos y tantos kilómetros de escasa variedad, pero fáciles por el excelente piso sobre el que circulan los neumáticos de los potentes automóviles.

Y fueron sucediéndose las ciudades de renombre: Dormunt, Unna, Hamm. En la pista eran sólo nombres sobre un fondo azul. Las ciudades quedaban algo apartadas, como mero adorno en el paisaje.

Ahora había oscurecido ya, y brillaban las luces.

¡Atención, desvío hacia Ahlen!

Y en seguida, otro indicador señalando la proximidad de Rheda, de Hérzebrock, de Gütersloh. A ciento ochenta kilómetros hay que prevenir con tiempo.

Luego llegó el cruce, a la derecha, para doblar bajo el puente formado por la misma autopista, y adentrarse ya en la ciudad.

Había necesitado dos horas y diez minutos para hacer el viaje.

Aminoró la marcha al pasar bajo el puente del ferrocarril. A la derecha estaba la estación. Había una calle hacia la izquierda y otra que seguía casi paralela al puente. Se detuvo ante el semáforo. A un lado se colocó un coche y Pierre asomó la cabeza.

—*Bítt* —chapurreó el alemán, y preguntó dónde estaba Harkness Strasse.

Era por el centro. Tenía que doblar primero a la izquierda, y seguir hasta el pequeño río, luego a la derecha y, tras cruzar una calle de medio kilómetro con edificaciones rodeadas de amplio césped y garaje propio, se llegaba a Herzebrocker Strasse.

Como indicativo, le dieron las señas de un establecimiento de baños medicinales, que debía dejar atrás y seguir la calle hasta pasar los grandes almacenes Hertie y doblar otra vez a la izquierda.

Allí encontró Pierre la dirección que le había indicado Chantal.

Era un
bar-club
de *streap-teasse*.

Dejó el coche aparcado junto a un contador en cuya hucha depositó unas monedas, que le daban derecho a media hora de tiempo.

Se metió en el local.

El espectáculo aún no había empezado, pero más de un cliente estaba acomodado ya en las confortables butacas que convertían la sala del bar, a media luz, en un *living* privado.

No había pista; el espectáculo se desarrollaba entre los clientes. A un lado estaban las fotografías de las muchachas que tomaban parte en el *streap-teasse*.

Pierre echó una ojeada, y avanzó hacia el mostrador.

—Por favor... Buscó a Laura Morey. Es francesa. Me han dado estas señas —dijo a la encargada del mostrador, que le observaba con cierta frialdad, no exenta de coquetería.

—¿Laura Morey? ¿Actúa aquí?

—No. Es decir no lo sé, pero creo que no. Debe tener a alguien conocido en el bar. Escribieron a Mallorca últimamente.

—¡Oh, Mallorca! *Spainen. Ist auch gut.*

—No es necesario que haga propaganda. Soy francés. ¿Qué hay de esa chica?

—No sé, señor. No conozco a ninguna Laura Morey... Permítame. —Y la encargada se dirigió al interior, y cambió unas rápidas palabras con un individuo. Regresó para repetir:

—Lo siento, señor. Aquí nadie conoce a esa señora por la que usted pide.

—Gracias, gracias... —Pierre miró en derredor.

—¿Quiere tomar algo? El espectáculo va a empezar ahora mismo. Hay cuatro muchachas encantadoras. Una es compatriota suya...

—No. No me interesa...

Descorazonado, Pierre salió del local. ¿Dónde buscar a Laura? Sabía que por ella encontraría al ciego, porque, sin duda, Marcel había ido a Alemania con idéntico propósito.

Observó la calle, y entonces advirtió algo, que ya había visto la primera vez... Algo en lo que no había reparado de un modo particular, formaba parte del panorama urbano, como la tienda del lado, como las luces, los coches.

¡Los coches!

El descapotable rojo, de matrícula francesa...

Sí. Aquel coche que desde Manises a Valencia parecía seguirles. ¡Era el mismo!

¡Y estaba allí!

Miró en derredor.

La tienda contigua al bar, decía: *Spezialgeschäft für Sportfischer*.

Era una tienda de artículos de pesca. Tenía los escaparates iluminados, pero estaba cerrada al público. Al lado había la entrada a una escalera de vecinos. La casa tenía tres únicas plantas. El descapotable se hallaba aparcado frente a la misma tienda.

Miró al contador del aparcamiento. Observó que se había pasado el tiempo para permanecer estacionado.

De la tienda de artículos de pesca salió un hombre maduro, y cerró cuidadosamente la puerta de cristales. Un interruptor exterior le sirvió para apagar la luz del escaparate.

—Oiga, señor —inquirió Pierre—. ¿Sabe a quién pertenece ese coche francés?

El dueño de la tienda miró a Pierre y al automóvil.

—No sé. Creo que pertenece a alguien de esa casa —y señaló la escalera de vecinos.

Pierre traspuso la puerta. Observó los buzones de la correspondencia. Ninguno de los nombres le era familiar. Subió hasta él primer piso. Pulsó el timbre y esperó.

Nadie contestó a la llamada.

Miró hacia arriba, y se dispuso a dirigirse al segundo, cuando alguien entró por la puerta de la primera planta. Asomó un momento por el hueco de la escalera, y vio que se trataba de dos hombres. Aguardó un instante, encendiendo un cigarrillo como si no tuviera prisa. Pretendía dejar paso a los dos individuos, que, al aproximarse al rellano, cambiaron una mirada.

Ellos continuaron subiendo, pero Pierre observó que parecían demostrar bastante interés. Interés por él.

Soltó la cerilla y vio cómo, por la forma de andar y de moverse, trataban de rodearle.

Se acercó a la pared.

Uno hizo un gesto al otro, y se abalanzó hacia él.

Pierre evitó que su atacante pudiera sujetarlo. El otro compañero intentó golpearle.

El periodista se mostró hábil en esquivar, y pasó al ataque, sacudiéndole en el abdomen.

Su antagonista recibió el golpe, y se inclinó hacia delante. Pierre

no tenía tiempo para perderlo en una pelea extraña, pero lógicamente dirigida a él.

Ahora sabía que estaba en el buen camino. Que allí se ocultaba algo.

Con el pie sacudió la pierna de su atacante, que lanzó un grito y retrocedió hasta la barandilla.

Ya tenía al otro encima. Forcejeó con él en un tremendo cuerpo a cuerpo. Su otro enemigo no quería soltarle. Pierre le pegó un rodillazo en el bajo vientre, y a continuación le golpeó la mandíbula con un soberbio gancho, que le tumbó contra el otro.

El empujón hizo que el primero, más repuesto, rodara por la escalera, junto con el que acabara de golpear.

Pierre no les dio tregua, y saltó hacia ellos. Primero fue el pie que, en virtud de hallarse escalones más arriba, alcanzó el pecho del que estaba delante. Le echó más abajo. Con el segundo le bastó lanzarse contra él y rodar ambos por la escalera.

Se incorporaron en el rellano inferior. Pierre se levantó primero y dio en el mentón del otro, que quedó fuera de combate.

El que quedaba ileso, pero maltrecho, optó por seguir escalera abajo.

Entonces se abrió la puerta del piso al que antes había llamado Pierre. Lentamente, apareció una figura.

En la penumbra de la escalera, Pierre pudo ver claramente que se trataba de Marcel.

Y Marcel, sin la ayuda del bastón, acabó plantándose en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO XV

Avanzó Pierre. Marcel tenía una extraña sonrisa en los labios.

—¡Marcel! —había llamado Pierre.

—Sabía que vendrías... Pensé que yo llegaría antes. A tiempo...

—Marcel...

—No digas nada. Sé que conoces la verdad. Que fui yo... Eres listo. Siempre lo fuiste..., aunque esta vez supongo que alguien más te habrá aproximado a la solución... Jacquie... Pobre Jacquie. Sé cuánto me quiere. Por eso calló...

—Marcel... Debiste decírmelo.

—¿Para qué, Pierre? Sé cuánto dolor te causé. Pero tenía que seguir... Tenía que seguir.

Pierre estaba ya frente a él. Observaba el extraño rictus del rostro de su amigo.

De pronto, Marcel se tambaleó.

Pierre trató de sujetarle, pero el invidente fue a parar al suelo. Cayó ladeado, mostrando en su costado una enorme mancha de sangre.

—Me han herido... ¿Sabes? Pero no me importa... Sé que voy a morir... Escucha... Ellos se han ido... Laura...

Detenla. Yo... Yo no he conseguido mi propósito... Había alguien más con ella. Detenla. Llévala. Llévala a Francia. Tengo..., tengo una carta escrita. Está en Benidorm... en el apartamento. Entrégala al comisario Reynaud. El... ¡Oh!

—Marcel. —Pierre le odiaba en aquellos momentos. Le odiaba por saberle el asesino de Aurora, pero al mismo tiempo le veía sufrir, con los estertores de su agonía. Le habían disparado, casi a quemarropa.

Instintivamente, su odio se mezcló con una extraña piedad.

—Harás un servicio a la justicia... Ellos... —siguió farfullando el moribundo—, trafican en drogas... Ese bar del lado..., y otros... En

muchas ciudades de Europa. Es..., el último servicio, pero no será completo si Laura..., si Laura sigue con vida.

Se hizo un silencio.

—Pierre. Yo... Yo no podía decírtelo. Comprende tú mismo. Tenía que seguir adelante. Laura... ¡Ah!

Casi no podía hablar.

En aquel instante, el arranque del motor de un coche en marcha hizo levantar a Pierre, que fue hacia la ventana.

En el descapotable estaba el pelirrojo. El propietario del vehículo y, a su lado, una mujer.

—¿Cómo es Laura Moray? —preguntó, rápido, Pierre.

—Debe haber cambiado... Quizá lleva peluca. Antes era rubia... rubia natural. Alta muy esbelta...

La mujer del descapotable parecía alta. Era esbelta, pero llevaba el pelo negro...

—Me equivoqué, Pierre... Perdóname...

Por la escalera subían otros dos hombres. El que seguía inconsciente comenzaba a moverse.

—Viene alguien. Cuidado —advirtió Pierre.

Los hombres iban armados, y uno dijo:

—Está arriba. El ciego, también.

—Creí que Anastas había acabado con el —repuso otra voz.

Pierre se escondió en la penumbra. Los otros le vieron, y uno de ellos disparó.

—¡Persíguelos! ¡Huye! Hay otra puerta en el piso. Conduce al jardín. ¡Corre! —gritó el invidente.

Los otros volvieron a disparar cuando Pierre intentó cruzar.

El ciego sacó un revólver del bolsillo, que a duras penas podía sostener.

Pierre consiguió llegar a la casa, después de esquivar dos balazos. Sin saber por que estaba ayudando al asesino de su novia.

Y él. —Marcel—, a su vez, le defendía. Disparó también. Disparó por intuición.

En aquellos momentos, el expolicía parecía estar en acto de servicio.

Tal vez fue azar, quizá abundancia de suerte, pero sus balas alcanzaron a los que pretendían acabar con Pierre.

Y el periodista tuvo tiempo de llegar al jardín por la otra

escalera. Saltó sobre el auto, cuando el descapotable doblaba la esquina.

Pisó a fondo.

En cualquier ciudad de Alemania, las nueve de la noche es hora avanzada. Apenas circula el tráfico rodado. Se pueden alcanzar buenas velocidades por las calles, y el descapotable volaba por la Hersebrocker Strasse. Avanzó por toda la calle hasta la altura del establecimiento de baños, dobló a la izquierda y cruzó raudo la manzana del cementerio. Luego, de nuevo a la derecha para alcanzar la carretera de Münster.

Cruzó aún una ancha zona urbana. Las casas más distantes, al apartarse del centro, dejaban amplios huecos ajardinados. Eran edificaciones de una o dos plantas.

Más allá dobló la esquina para pasar frente a una iglesia católica.

El auto alquilado por Pierre en Frankfurt no perdía contacto. El «B.M.W.» procuraba acortar distancias.

La carretera estaba completamente vacía.

El pelirrojo, ante la proximidad de Pierre, se revolvió con un arma en la mano, y disparó.

La velocidad le impidió calcular la puntería, pero Pierre tuvo noción de que la bala había pasado rozando el automóvil.

Aceleró a fondo.

Más allá, el indicador señalaba la proximidad del río Ems.

El descapotable seguía su marcha desenfrenada como si corriera por la autopista.

Se aproximaba al cruce.

El río estaba algo más allá. A unos cincuenta metros, después de la carretera.

El pelirrojo se revolvió, disparando otra vez. La bala se incrustó en el capó del «B.M.W.».

De pronto, la mujer que iba al lado del pelirrojo gritó:

—¡Cuidado!

Del cruce salió otro automóvil. El descapotable pasó como una exhalación, pero su conductor no pudo hacerse con la dirección. El automóvil derrapó, y durante cincuenta metros fue a la deriva. Patinaron las ruedas, y por fin se precipitó por el terraplén.

El cuerpo de la mujer salió despedido, y fue dando volteretas

grotescas sobre el césped.

El río.

Pierre había conseguido esquivar al otro coche, y detuvo lentamente su marcha cerca del puente.

Cuando bajó, observó a la mujer. Tenía el pelo rubio y los ojos muy abiertos. Estaba muerta.

Cerca de ella, Pierre descubrió una peluca de pelo negro.

El bolso se había caído y abierto, y su contenido estaba desparramado.

En un carnet, Pierre leyó:

Laura Morey.

El nombre, falso o no, correspondía a aquella mujer a la que durante tanto tiempo Marcel había buscado.

Ahora estaba muerta.

La policía también descubría en aquellos momentos los cuerpos de los que le habían atacado en la escalera. Muertos también.

Marcel, el expolicía, también yacía en el rellano.

EPÍLOGO

El comisario despidió a Pierre.

Estaba otra vez en París. Allí había relatado toda la historia, entregando la carta de Marcel. Jacqueline estaba con él. Al enterarse de la noticia, quiso ir a París con Pierre.

Ahora salían ambos del puesto de policía.

—Daremos una satisfacción a la policía española. Tengo el deber de hacerlo —fueron las palabras de Reynaud—. Si ellos no tienen inconveniente..., procuraremos no airear este caso... De cualquier modo, usted sería el único que podría poner reparos.

—Marcel ha muerto, y Aurora no puede volver a la vida —murmuró lentamente Pierre—. No, no vale la pena airearlo.

—Fue un buen servicio, su descubrimiento de esa red de traficantes de drogas. Aunque el fin que perseguía era distinto..., y si descubrió eso fue por casualidad, ha hecho un buen servicio. Son ironías del destino.

—Estaba enfermo... Supongo que ahora descansará. Adiós, comisario.

Salió de la comisaría, y respiró el aire viciado de la atmósfera de París.

Parecía no tener rumbo. Jacqueline, tampoco.

—Adiós, Pierre —murmuró ella—. Y gracias..., gracias por no dejar que su nombre se vea empañado.

—En esta historia, Jacque..., todos hemos perdido —repuso él. Se separaron, y cada cual echó por su lado.

Luego, sus pasos le llevaron a la redacción.

—¡Bueno! ¿Qué hay de esa historia? —preguntó el redactor jefe. Un compañero le entregó una carta.

—Se recibió ayer.

Pierre tomó el sobre, y miró el remite.

Era de Chantal. La carta procedía de Palma de Mallorca. La

abrió:

«Supongo que algún día recibirás esta carta. Si todavía es verano, vuelve...»

Sí. El le había dicho que era periodista y cuál era su periódico. Chantal resultaba muy tenaz, sin duda porque le había gustado el hombre...

La carta seguía. Pierre apenas la leyó.

—¿Cuándo te pondrás a trabajar? —insistió el jefe.

—Lo siento. No hay historia fue la tajante respuesta de Pierre.

Luego se alejó, y continuó leyendo aquella carta.

Sí. Quizá lo mejor para él fuera un descanso, procurar olvidarlo todo... Y todavía no habían concluido sus vacaciones... Volvió a mirar la carta, y salió a la calle.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

